

Miguel León-Portilla

*Antología. De Teotihuacán a los aztecas
Fuentes e interpretaciones históricas*

Segunda reimpresión 1977

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Colegio de Ciencias y Humanidades

1977

614 p.

Ilustraciones, mapas, texto

Lecturas Universitarias, 11

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 5 de marzo de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/teotihuacan_aztecas/132.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

INTERPRETACIONES DE DISTINTOS HISTORIADORES

1) LOS TOLTECAS

fray Juan de Torquemada ¹¹

La Monarquía Indiana de Torquemada es, como ya se dijo, la primera gran síntesis que, acerca del pasado prehispánico, se escribió a los comienzos del siglo XVII. De ella se toma aquí la descripción que ofrece de la grandeza tolteca: Debe notarse que, mientras en un lugar de esta obra se atribuye a los toltecas el gran centro de Teotihuacán, así como los de Tula y Cholula, más abajo, en un capítulo distinto del mismo libro, se recuerda una tradición muy diferente. Según ésta, los totonacas, oriundos de la región veracruzana, afirmaban que ellos habían sido en realidad los que habían edificado los dos principales templos o pirámides teotihuacanas.

Sólo digo que Tulteca quiere decir hombre artífice; porque los de esta nación fueron grandes artífices, como hoy día se ve en muchas partes de esta Nueva España y las ruinas de sus principales edificios, como es en el pueblo de San Juan Teotihuacán, en el de Tula y Cholula, y otros muchos pueblos y ciudades. Estos toltecas dicen que vinieron de hacia la parte del poniente y que trajeron siete señores o capitanes llamados Tzácatl, Chalcatzin, Ehecatzin, Cohuatzon, Tzhuac-Cóhuatl, Tlapalmetzotzin y el séptimo y último Metzotzin. Y trajeron consigo muchas gentes, así de mujeres como de hombres, y que fueron desterrados de su patria y nación. Y dicen de ellos que trajeron el maíz, algodón y las demás semillas y legumbres que hay en esta tierra; y que fueron grandes artífices de labrar oro y piedras preciosas y otras muchas curiosidades.

Salieron de su patria (que se llamaba Huehuetlapalan) el año que ellos llamaban Ce Tecpatl y anduvieron ciento cuatro años vagando por diversas partes de este Nuevo Mundo hasta llegar

¹¹ Fray Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana*, reproducción de la edición de Madrid, 1723, Introducción por Miguel León-Portilla, 3 vols., México, Editorial Porrúa, 1969, vol. I, pp. 37-38 y 278.

a Tulancingo donde contaron una edad que contenía de tiempo desde que salieron de su tierra y patria. Y la primera ciudad que fundaron fue Tula, doce leguas de esta de México, a la parte del norte y más de otras catorce del sitio referido de Tulancingo, que por entonces no les debió de agradar aunque es bueno y lo dejaron al oriente y se metieron en este dicho de Tula al poniente.

De este lugar, el primer rey que tuvieron se llamó Chalchiuh-tlanextzin y comenzó a gobernar el año Chicome Acatl, el cual murió a los cincuenta y dos años de su gobierno. Y luego sucedió Ixtlilcuecháhuac en el mismo año y gobernó otros tantos años porque tenían por ley estos tultecas que sus reyes no habían de gobernar más que cincuenta y dos años, ni tampoco menos si tenían vida y ellos quisiesen, porque este número era su Xiuhtlappile (que llamaban una edad) y luego, entraba a gobernar el sucesor cumplidos los cincuenta y dos años, aunque estuviese vivo su padre; y si moría antes de cumplir este número, gobernaba la república hasta llegar al año dicho y luego metían en el gobierno al que legítimamente le venía. A Ixtlilcuecháhuac, le sucedió en el reinado Huetzin y a Huetzin, Totepeuh y a Totepeuh, Nacáxoc. A éste, otro llamado Mitl que edificó el templo de la Diosa Rana. A éste, sucedió la reina Xiuhtzaltzin, la cual gobernó cuatro años. A ella, sucedió Tecpancaltzin, por otro nombre Topiltzin, en cuyo tiempo se destruyeron los tultecas. Este rey, tuvo dos hijos varones que se llamaron Xilotzin y Póchotl de los cuales después procedieron los reyes de Culhuacán que escaparon con otros señores y otros plebeyos en diversas partes de esta Nueva España, especialmente en las riberas de la Laguna de Tetzcuco y en las costas del mar del sur y norte; porque como las cosas de la vida mortal, todas tienen fin por estar sujetas a corrupción (que es lo que dice San Pablo), permitió la Divina Majestad de Dios que estas naciones y gentes se acabasen y llegasen a tener fin y se introdujesen otras que les siguiesen y poblasen las provincias desamparadas y asoladas del tiempo que todo lo consume.

Fueron los tultecas gente crecida de cuerpo y dispuesta (como las historias de los aculhuas cuentan), andaban vestidos de unas túnicas largas y blancas. Eran poco guerreros y más dados al arte de labrar piedras (que esto quiere decir tulteca como ya hemos dicho), que a otro arte alguno. El modo de su destrucción, pérdida y acabamiento (según que se lo oyeron a estos muy pocos que de ellos quedaron en la tierra), fue que, habiendo sido perseguidos y oprimidos de un cierto rey y reyes por tiempo de más de quinientos años, pareciéndoles que aquella persecución procedía de tener enojados a sus dioses (que eran grandísimos idólatras) se determinaron de hacer junta general de todos los sacerdotes, príncipes y señores de cuenta que había en el reino,

en un lugar llamado Teotihuacan, que cae ahora seis leguas de la gran ciudad de México, a la parte del norte, para hacer fiestas a sus dioses con intento de agradarlos y desenojarlos del gran enojo (que a su parecer), contra ellos tenían. Estando ya juntos y comenzadas sus fiestas con grande concurso de gente que a la voz de ellos concurrió, en medio de la celebración de ellas, se les apareció un gran gigante y comenzó a bailar con ellos. Y aunque pudo ser que admitiesen la repentina visión en su compañía con algún temor, que por el que les pudo causar su presencia, por ser demasiado grande y disforme, los brazos largos y delgados, todavía le hicieron rostro por parecerles que aquello era inevitable por venir por ordenación de sus fingidos e indignadamente reverenciados dioses. El cuál, a las vueltas que con ellos iba dando, se iba abrazando con ellos y a cuantos cogía entre los brazos (como otro Hércules a Anteón), les quitaba la vida enviándolos de ellos seguramente a los de la muerte.

De esta manera y por este modo, hizo aquella visión gran matanza aquel día en los bailantes. Otro día, se les apareció el demonio en figura de otro gigante, con las manos y dedos de ellas muy largos y ahuesados, y bailando con ellos los fue ensartando en ellos, y de esta manera hizo el demonio aquel día gran matanza en ellos. Otra vez (continuando sus fiestas por ver el fin de ellas y oír el oráculo deseado por cuyo intento festejaban a sus falsos dioses), se les apareció el mismo demonio en un cerro alto, que está en la dicha parte que le corresponde al poniente, en figura y forma de un niño muy blanco y hermoso, sentado sobre una peña y con la cabeza toda podrida, y del hedor grande que de ella salió murieron muchísimos como heridos de mortal y venenosa ponzoña. Viendo los presentes el mal tan grande que su vista y presencia les había causado, se determinaron a cogerle, y arrastrándolo por el suelo, llevarle hasta una laguna grande y espaciosa que poco trecho de este lugar está (que es llamada ahora la de México), y aunque lo intentaron y procuraron con toda fuerza, no les fue posible porque era mayor la del demonio con que se defendía y resistía. En medio de estas bregas y fuerza con que procuraban los tultecas arrancar el muchacho de aquel lugar y llevarlo a la laguna, se les apareció el demonio y les dijo que en todo caso les convenía desamparar la tierra si querían salvar las vidas porque, en la que poseían, no les prometía el tiempo, sino muertes, ruinas y calamidades y que era imposible huir estos peligros si no era ausentando los cuerpos, y que les pedía que le siguiesen y se dejasen llevar de él, que él los pondría en salvo y llevaría a partes donde la pasasen con quietud y descanso.

Viendo los afligidos tultecas cómo sin remedio crecían sus calamidades y que el más cierto de su reparo era tomar su consejo, tuviéronlo por bueno y, desamparando la tierra, se fueron



en su seguimiento, unos hacia la parte del norte y otros hacia la del oriente, conforme se habían repartido en la visión que a cada uno se les había mostrado y así, poblaron a Campeche y Guatemala, según se colige de las historias aculhuas que son caracteres y figuras con que estos naturales las escribían.

Teotihuacán y los Totonacas

Los totonacas (que es una gente diferente en la lengua que los mexicanos y fueron los que recibieron en Zempoala y Quimichtlan a Fernando Cortés), están extendidos y derramados por las sierras que le caen al norte a esta ciudad de México. De su origen dicen que salieron de aquel lugar que llamaron Chicomoztoc o Siete Cuevas, juntamente con los Xalpanecas y que fueron veinte parcialidades o familias, tantos de unos como de otros y, aunque estaban divisos en las parcialidades, eran todos de una lengua y de unas mismas costumbres. Dicen que salieron de aquel lugar dejando a los chichimecas allí encerrados y ordenaron su viaje hacia esta parte de México y, llegados a estas llanadas de la laguna, pararon en el puesto donde ahora es Teotihuacán y afirman haber hecho ellos aquellos dos templos que se dedicaron al Sol y a la Luna, que son de grandísima altura (como en otra parte decimos). Estuvieron allí por algún tiempo y después, o no contentos del lugar, o con ganas de pasarse a otros, se fueron a Atenamític, que es donde ahora es el pueblo de Zacatlán. De aquí se pasaron más abajo cuatro leguas, entre unas sierras muy ásperas y altas para mejor defenderse de sus enemigos y aquí comenzó su primera población y se fue extendiendo por toda aquella serranía por muchas leguas, volviendo al oriente y dando en las llanadas de Zempoala junto al Puerto de Veracruz, poblándose toda aquella tierra de muchísimo gentío.

2) LOS TOLTECAS

Francisco Javier Clavijero.¹²

Del libro II de la clásica obra de Clavijero acerca del México prehispánico, se incluyen a continuación tres breves capítulos con lo que escribió acerca de los toltecas. En ellos trata de su poblamiento, de su “policía”, o sea de sus instituciones políticas y sociales, y finalmente de la ruina y dispersión de este pueblo.

La historia de la primitiva población de Anáhuac es tan oscura y está alterada con tantas fábulas (como la de los demás pueblos del mundo), que es imposible atinar con la verdad. Es cierto e indubitable, así por el venerable testimonio de los Libros Santos, como por la constante y universal tradición de aquellos pueblos, que los primeros pobladores de Anáhuac descendían de aquellos pocos hombres que salvó del Diluvio Universal la Providencia, para conservar la especie humana sobre la haz de la tierra. Tampoco puede dudarse que las naciones que antiguamente poblaron aquella tierra, pasaron a ella de otros países más septentrionales, en que muchos años o siglos antes se habían establecido sus mayores. En estos dos puntos están acordes los historiadores toltecas, chichimecas, acolhuas, mexicanos y tlaxcaltecas; pero ni sabemos quiénes fueron los primeros pobladores, ni el tiempo en que pasaron, ni los sucesos de su transmigración y de sus primeros establecimientos. Varios de nuestros historiadores que han querido penetrar este caos, guiados de la débil luz de las conjeturas, de fútiles combinaciones y de pinturas sospechosas, se han perdido entre las tinieblas de la antigüedad y se han visto precisados a adoptar narraciones pueriles e insubsistentes. Algunos autores fundados en la tradición de los pueblos americanos y en los huesos, cráneos y esqueletos enteros de extraordinaria magnitud que en varios tiempos y lugares de la Nueva España se han desenterrado,¹³ han creído que los primeros pobladores de aque-

¹² Francisco Xavier Clavijero, *Historia antigua de México*, texto original en castellano, 4 vols., México, Editorial Porrúa, 1945, vol. I pp. 173-183.

¹³ Los lugares en que se han hallado esqueletos gigantescos, son Atlancatepec, población de Tlaxcala, Tezcuco, Toluca, Jesús del Monte cerca de

lla tierra fueron gigantes. Yo no dudo, que los hubo en ésta y en otras partes de la América,¹⁴ pero no creo que hubiera jamás nación entera de ellos, sino que fueran individuos extraordinarios de las naciones conocidas, o de otras anteriores que ignoramos, ni puede averiguarse el tiempo de su existencia.¹⁵ La primera nación de que tenemos algunas, aunque escasas noticias, es la de los toltecas. Estos desterrados, según dicen, de su patria Huehuetlapallan, país según conjeturas, del reino de Tollan, de donde tomarían el nombre,¹⁶ situado al norte o noroeste del Nuevo México, comenzaron su peregrinación en el año *1 técpatl*, que fue el 511 de la Era Vulgar. En cada lugar se detenían el tiempo que les sugería su antojo, o exigían las necesidades de la vida. En donde les parecía oportuno hacer más larga mansión, fabricaban casas, cultivaban la tierra y sembraban las semillas de maíz, de algodón y otras que consigo llevaban para proveerse de alimento y vestido. Así vagaron, dirigiéndose siempre hacia las partes meridionales, por espacio de una Edad, que son 104 años, hasta arribar al lugar que llamaron Tollantzinco, distante unas 18 leguas al norte del lugar donde algunos siglos después se fundó la ciudad de México. En toda su larga peregrinación

Quauhximalpan, y en nuestros días en la península de California en un monte cerca de la misión de Kada-kaaman.

¹⁴ No dudo que muchos críticos de la Europa que burlan de cuantos promueven la existencia de los gigantes, se burlarán también de mí, o a lo menos se compadecerán de mi credulidad; pero no puedo hacer traición a la verdad por temor de su censura. Yo sé que en las naciones cultas de la América había tradición de la existencia de unos hombres de extraordinaria proceridad y corpulencia, y no sé que en algún pueblo de la América haya habido jamás memoria de los elefantes, de los hipopótamos ni de otros cuadrúpedos de primera magnitud. Yo sé que se han hallado cráneos y esqueletos humanos de prodigiosa grandeza, por la descripción de innumerables autores, y entre otros de dos testigos de mayor excepción, el Dr. Hernández y el P. Acosta, en quienes no puede sospecharse alucinación ni superchería; y no sé que hasta ahora, en tantas excavaciones como se han hecho en América, se haya descubierto algún esqueleto de hipopótamo, y lo que es más, ni un colmillo de elefante. Yo sé que algunas de esas osamentas se han hallado en sepulcros fabricados a propósito, y no sé que se fabriquen sepulcros para enterrar hipopótamos o elefantes.

¹⁵ Acosta, Torquemada y otros, dicen que los gigantes fueron muertos a traición por los tlaxcaltecas; pero esta relación no tiene más apoyo que el testimonio de los mismos tlaxcaltecas; y me hace fuerza que en la historia de los chichimecas que llegaron antes de los tlaxcaltecas y se hicieron señores de toda la tierra, no se haga mención de tales hombres.

¹⁶ *Toltécatl* en mexicano es el natural de Tollan, como *tlaxcaltécatl* el natural de Tlaxcallan, *chololtécatl* el natural de Cholollan, etc.

iban siempre regidos de cierto número de capitanes o señores, que eran siete cuando arribaron a Tollantzinco.¹⁷ En este país, aunque de clima muy benigno y de tierras muy fértiles, no quisieron fijarse, sino apenas pasados 20 años se retiraron catorce leguas hacia el poniente a las riberas de un río en donde fundaron la ciudad de Tollan, del nombre de su patria, la más antigua de la tierra de Anáhuac, y una de las más célebres en la historia mexicana. Esta ciudad fue constituida metrópoli de la nación y corte de sus reyes. Comenzó la monarquía de los toltecas, según refieren sus historiadores, en el año *VII ácatl*, que fue el 667 de la Era Vulgar, y duró 384 años. Ved aquí la serie de sus reyes con la expresión del año de la Era Vulgar, en que comenzaron a reinar.¹⁸

| | |
|---------------------------------|------|
| Chalchiuhtlanetzin, en el | 667 |
| Ixtlicuechahuac, en el | 719 |
| Huetzin, en el | 771 |
| Totepeuh, en el | 823 |
| Nacáxoc, en el | 875 |
| Mitl, en el | 927 |
| Xiuhztaltzin, en el | 979 |
| Topiltzin, en el | 1031 |

No es de extrañar que sólo ocho monarcas reinasen en poco menos de cuatro siglos; porque tenía aquella nación la extravagante ley de que ninguno ocupase el trono más tiempo ni menos de un siglo tolteca, que constaba como el de los mexicanos y demás naciones cultas, de 52 años. Si el rey cumplía el siglo en el trono, dejaba luego el gobierno y entraba otro en su lugar; si moría antes como era regular, quedaba gobernando a nombre del difunto la nobleza, hasta completar los 52 años. Así se vio en la reina Xiuhztaltzin, que habiendo muerto a los cuatro años de reinado, le substituyó la nobleza y gobernó los restantes 48 años.

Policia de los toltecas

Los toltecas fueron celebradísimos por su cultura y por su excelencia en las artes, de tal suerte que en los siglos posteriores se dio por honor el nombre de toltecas a los artífices más sobresalientes. Vivieron siempre en sociedad, congregados en poblacio-

¹⁷ Los siete señores toltecas se nombraban Zacatl, Chalcatzin, Ehecatzin, Cohualtzin, Tzihuaccoatl, Metzotzin y Tlapalmetzotzin.

¹⁸ Indicamos el año en que comenzó a reinar cada rey de los toltecas, supuesta la verdad de la época de su salida de Huehuetlapallan, la cual no es cierta, sino solamente verosímil.

nes bien arregladas bajo la dominación de sus soberanos y la dirección de sus reyes. Fueron poco guerreros y más adictos al cultivo de las artes que al ejercicio de las armas. A su agricultura se reconocieron deudoras las posteriores naciones, del maíz, del algodón, del chile y de otros utilísimos frutos. No solamente ejercieron las artes de primera necesidad, sino aun aquellas que sirven a la magnificencia y a la curiosidad. Sabían fundir en todo género de figuras el oro y la plata que sacaban de las entrañas de la tierra, y labraban primorosamente toda especie de piedras. Esta fue la arte que los hizo más célebres en aquel reino; pero para nosotros nada los hizo más recomendables que el haber sido inventores o a lo menos reformadores del método de contar los años, de que usaron los mexicanos y demás naciones cultas de Anáhuac; lo cual supone, como veremos, muchas observaciones prolijas y conocimientos precisos de la astronomía. El caballero Boturini, sobre la fe de las historias de los mismos toltecas, dice que, habiendo éstos reconocido en su antigua patria Huehuetlapallan el exceso de casi seis horas del año solar sobre el civil de que usaban, lo arreglaron por medio del día intercalado cada cuatro años; lo cual ejecutaron, dice, ciento y tantos años antes de la Era Cristiana. El mismo autor refiere que el año 660 de Cristo, reinando Ixtlicuecháhuac en Tollan, Huematzin célebre astrónomo, convocó, con acuerdo del rey, a los sabios de la nación y pintó con ellos aquel gran libro que llamaron *Teomoxtli* (libro divino) en que con distintas figuras se daba razón del origen de los indios, de su dispersión después de la confusión de las lenguas en Babel, de sus peregrinaciones en la Asia, de las primeras poblaciones que tuvieron en el continente de la América, de la fundación del imperio de Tula y de sus progresos hasta aquel tiempo; de los cielos, signos y planetas; de su calendario, ciclos y caracteres; de las transformaciones mitológicas en que incluían su filosofía moral y por último de los arcanos de la sabiduría vulgar escondida entre los jeroglíficos de sus dioses, con todo lo pertinente a la religión, ritos y costumbres.

Añade el citado caballero que los toltecas tenían notado en sus pinturas el eclipse solar acaecido en la muerte de nuestro Redentor, en el año *VII tochtli*,¹⁹ y que habiendo algunos españoles doctos e instruidos en las historias y pinturas de los toltecas,

¹⁹ Todos cuantos tienen alguna instrucción en la historia de las naciones cultas de Anáhuac, saben que aquellas naciones acostumbraban notar en sus pinturas los eclipses, cometas y demás fenómenos del cielo. Yo, habiendo leído lo que dice el caballero Boturini, tuve la curiosidad de confrontar los años mexicanos con los nuestros, y hallé que el año 34 de Cristo o 30 de la Era Vulgar, fue VII, Tochtli. Quien quisiere certificarse sírvase de la tabla cronológica que presentamos al fin de nuestro segundo tomo, retrocediendo en el mismo método que allí se observa, hasta el tiempo de

confrontado su cronología con la nuestra, hallaron que aquella nación numeraba, desde la creación del mundo hasta el tiempo en que nació Jesucristo, 5,199 años; que es puntualmente la cronología de la Iglesia Romana, siguiendo el cómputo de los Setenta. Sea lo que fuere de estas anécdotas del caballero Boturini, que dejó al juicio libre de los lectores prudentes e instruidos, es cierto que los toltecas tenían noticia clara y nada equívoca del Diluvio Universal, de la confusión de las lenguas y de la dispersión de las gentes, y aun nombraban los primeros progenitores de su nación que se separaron de las demás familias en aquella dispersión. Es igualmente cierto, como haremos ver en otro lugar (aunque increíble a los críticos de la Europa, acostumbrados a medir por un rasero a todas las naciones americanas), que los mexicanos y demás naciones cultas tenían su año civil tan arreglado por medio de los días intercalares al solar, como los romanos desde la ordenación de Julio César, y que esta exactitud se debió a las luces de los toltecas.

Por lo que mira a su religión, eran idólatras e inventores, a lo que parece, de la mayor parte de la mitología mexicana; pero no hay vestigio de que usasen jamás de los bárbaros sacrificios que fueron tan frecuentes entre las últimas naciones que poblaron aquella tierra. Los historiadores texcucanos creen que los toltecas fueron los que colocaron en el monte Tláloc aquel ídolo célebre del dios del agua, de que hablaremos adelante. Ellos fueron ciertamente los que fabricaron en honor de su favorito dios Quetzalcoatl la altísima pirámide de Cholula, y verosíblemente las famosas de Teotihuacán, en honor del sol y de la luna, que hasta hoy subsisten.²⁰ El caballero Boturini creyó que los toltecas fabricaron la pirámide de Cholula por remedar la torre de Babel; pero la pintura moderna que alega en confirmación de ese error, que es común en el vulgo de la Nueva España, es obra de un cholulteca ignorante y contiene falsedades, anacronismos y despropósitos.²¹

Cristo. Esto ejecuté por mera curiosidad, y no con el fin de confirmar tales anécdotas.

²⁰ Betancourt atribuye a los mexicanos la fábrica de las pirámides de Teotihuacan; pero esto es evidentemente falso y contrario al sentir de todos los escritores, así americanos como españoles. El Dr. Sigüenza parece que las creyó construidas por los olmecas; pero no nos ha quedado vestigio alguno cierto de la arquitectura de esta nación, como nos ha quedado de la de Cholula, nos inclina a pensar que los toltecas fueron los arquitectos de todas, como lo creyeron Torquemada y otros autores.

²¹ En la pintura que alega Boturini se representa, según dice, la pirámide de Cholula con esta inscripción mexicana: "*Toltécatl Chalchihuatl onacta Ehecatepetl*", que él traduce así: "Monumento o piedra preciosa

Ruina de los toltecas

En los cuatro siglos que duró la monarquía de los toltecas se multiplicaron considerablemente y fundaron grandes poblaciones por toda aquella tierra; pero las estupendas calamidades que les sobrevinieron en los primeros años del reinado de Topiltzin, acabaron con todo su poder y felicidad. El cielo les negó por algunos años el agua necesaria a sus sementeras, y la tierra los frutos de que se alimentaban; el aire inficionado de mortal corrupción llenaba cada día la tierra de cadáveres, y de terror y consternación los ánimos de los que sobrevivían a la ruina de sus nacionales. Perekó de hambre o de enfermedad mucha o la mayor parte de la nación; murió Topiltzin a los 20 años de su reinado, y con él feneció la monarquía el año *II técpatl* que fue el 1052 de la Era Vulgar. El resto de la nación, huyendo de la muerte y solicitando remedio a tantas desgracias en otros climas, abandonó aquella tierra y se esparció en diferentes países. Unos se dirigieron hacia Onohualco y Yucatán, y otros hacia Quauh-

de la nación Tolteca que anda buscando con su cerviz la región del aire." Pero disimulando la mala ortografía y el barbarismo Chalchihuatl de la inscripción, cualquiera medianamente instruido en la lengua mexicana, conocerá desde luego que no pudo hacerse interpretación más arbitraria ni más fantástica. Al pie de la pintura, dice el citado caballero, puso el autor una nota en que, hablando a sus compatriotas, les dice en mexicano lo siguiente: "Nobles y señores, aquí tenéis vuestros papeles, el espejo de vuestra antigüedad y la historia de vuestros antepasados que, movidos del temor del diluvio, fabricaron este asilo, por si fueseis otra vez acometidos de semejante calamidad." Sin duda hubieran sido los toltecas los mayores mentecatos del mundo si por temor del Diluvio hubieran emprendido con tantos costos y fatigas la fábrica de aquella pirámide, teniendo en los altísimos montes que hay cerca de Cholula más seguro asilo para libertarse de la inundación, y mucho menos peligro de perecer de hambre. En el mismo lienzo se representa, dice el citado autor, el bautismo de la reina de Cholula, Hamateuctli, hecho por el diácono Aguilar el 6 de agosto de 1521, y la aparición de la Madre de Dios a un religioso franciscano que estaba en Roma, ordenándole que se fuese a México, y en un monte hecho a mano (que es la pirámide de Cholula) colocase una imagen suya que sería el propietario de todos aquellos pueblos. Pero todo es una continuada patraña sin apariencia alguna de verdad; porque ni en Cholula había reyes, ni el bautismo de Hamateuctli, de que ningún historiador hace mención, pudo celebrarse el 6 de agosto de 1521; porque entonces se hallaban los españoles y entre ellos Aguilar, en el mayor calor del sitio de México que se tomó de allí a siete días. De la supuesta aparición de la Virgen no hacen mención los cronistas franciscanos que no omitieron cosa alguna de este género. Todo esto he advertido para que sean cautos en adoptar pinturas modernas los que en adelante emprendieren la Historia de México.



temallan; pero quedaron en el reino de Tula varias familias esparcidas en el valle de México, en Cholula, en Tlaximaloyan y en otros lugares, y entre ellas dos príncipes hijos del rey Topilzin, cuya posteridad emparentó con las casas reales de Tetzcuco, de Colhuacan y de México. Estas familias conservaron las memorias de la nación, su mitología, sus semillas y sus artes. Las pocas noticias que hemos dado de los toltecas son las únicas que nos han parecido dignas de algún crédito, desechando varias narraciones pueriles y fabulosas de que han hecho uso sin dificultad otros historiadores.²² Apreciaríamos haber visto el *Libro Divino* de que hace mención el caballero Boturini, y que cita en sus apreciables manuscritos Dn. Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, para poner en mayor luz los sucesos de aquella célebre nación.

²² Torquemada dice que en un gran baile que celebraron los toltecas, se les apareció el diablo en figura de un gigante con unos brazos desmesurados, y que al tiempo de bailar con ellos los iba abrazando y sofocando, y después se les dejó ver en figura de un niño con cabeza podrida y los apestó; finalmente, que por consejo del mismo diablo desampararon la tierra. Pero aquel buen autor quizás entendió a la letra algunas pinturas alegóricas en que los toltecas representaban la hambre y la enfermedad que los acabó; ni es menester más diablos para exterminar una nación.

3) LOS ANTIGUOS MONUMENTOS DE TEOTIHUACÁN

Alejandro de Humboldt ²³

Durante su estancia en México, a principios del siglo XIX, Humboldt se interesó vivamente por cuanto se refería a la historia y a los vestigios materiales de las culturas prehispánicas. Así como hurgó en distintas bibliotecas en busca de códices o manuscritos indígenas, visitó también las ruinas de antiguas ciudades y centros religiosos y de modo muy especial quedó impresionado ante el gran recinto de Teotihuacán. En la obra que publicó bajo el título de Ensayo político sobre el reino de la Nueva España, dedicó varias páginas para dar a conocer sus observaciones e inferencias acerca de ese tan importante centro indígena.

Junto con la descripción que hizo de la zona de Teotihuacán, llegó a plantearse Humboldt la cuestión acerca de su origen. Por una parte aduce la opinión que atribuía esas edificaciones a los toltecas; por otra, cita el parecer de Sigüenza y Góngora, que las situó en un periodo aún más antiguo.

Lo que escribió Humboldt en su Ensayo político, al igual que en la obra que tituló Sitios de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América, constituye aportación valiosa en lo que podría llamarse el redescubrimiento de las antigüedades del mundo prehispánico.

Los únicos monumentos antiguos que pueden llamar la atención en el valle mexicano por su grandeza y moles, son los restos de las dos pirámides de San Juan de Teotihuacán, situadas al N. E. del lago de Texcoco, consagradas al sol y a la luna y llamadas por los indígenas *Tonatiuh Itzacualli*, casa del sol y *Mextli Itzacualli*, casa de la luna. Según las medidas tomadas en 1803 por un joven sabio mexicano, el doctor Oteiza, la primera pirámide, que es la más austral, tiene en su estado actual una base de 208 metros de largo y 55 metros (o sean 66 varas mexicanas) ²⁴ de altura perpendicular. La segunda, esto es, la pirámide

²³ Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, estudio preliminar, notas y apéndices de Juan A. Ortega y Medina, México, Editorial Porrúa, 1966, pp. 124-126.

²⁴ Velázquez ha encontrado que la vara mexicana tiene exactamente 31 pulgadas del antiguo pie de rey (de París). La fachada de la casa de los Inválidos de París, sólo tiene 600 pies de largo.

de la luna, es 11 metros más baja y su base mucho menor. Estos monumentos, según la relación de los primeros viajeros y según la forma que presentan aún en el día, sirvieron de modelo a los teocallis aztecas. Los pueblos que los españoles encontraron establecidos en la Nueva España, atribuyeron las pirámides de Teotihuacán²⁵ a la nación tolteca; lo que siendo así, hace subir su construcción al siglo octavo o nono, porque el reino de Tollán duró desde 667 hasta 1031. Los frentes de estos edificios están con la diferencia de cerca de 52', exactamente orientados de N. a S. y de E. a O. Su interior es de arcilla mezclada de piedrezuelas: está revestido de un grueso muro de amigdaloides porosa, encontrándose además vestigios de una capa de cal con que están embutidas las piedras por de fuera. Fundándose algunos autores del siglo XVI en una tradición india, pretenden que lo interior de estas pirámides está hueco. El caballero Boturini dice que el geómetra mexicano Sigüenza no había podido conseguir el horadar estos edificios por medio de una galería. Formaban cuatro hiladas o pisos, de las cuales hoy no se ven sino tres, porque la injuria de los tiempos y la vegetación de los nopales y de los magueyes han ejercido su influjo destructivo sobre la parte exterior de estos monumentos. En otro tiempo se subía a su cima por una escalera de grandes piedras de sillería; y allí, según cuentan los primeros viajeros, se hallaban estatuas cubiertas de hojuelas muy delgadas de oro. Cada una de las cuatro hiladas principales estaba subdividida en gradillas de un metro de alto, de las cuales aún se ven hoy las esquinas. Estas gradas están llenas de fragmentos de obsidiana, que sin duda eran los instrumentos cortantes con que los sacerdotes toltecas y aztecas (*Papahua Tlemacazque* o *Teopixque*) abrían el pecho de las víctimas humanas. Es sabido que para el laboreo de la obsidiana (*itztli*) se emprendían grandes obras, de las cuales aún se ven los vestigios en el inmenso número de pozos que se encuentran entre las minas de Morán y el pueblo de Atotonilco el Grande, en las montañas porfídicas de Oyamel y del Jacal, región que los españoles llaman el Cerro de las Navajas.²⁶

²⁵ Sin embargo, Sigüenza, en sus notas manuscritas, las cree obra de la nación olmeca, que habitaba alrededor de la Sierra de Tlaxcala, llamada Matlalcueye. Si esta hipótesis, cuyos fundamentos históricos ignoramos, fuese verdadera, serían estos monumentos aún más antiguos; porque los olmecas pertenecen a los primeros pueblos de que la cronología azteca hace mención en Nueva España. También se pretende que es la única nación cuya emigración haya sido no desde el N. y el N. O. (la Asia Mongolesa), sino desde el Oriente (la Europa).

²⁶ Yo he hallado que la cima del Jacal está a la altura de 3,124 metros; y la Roca de las Ventanas, al pie del Cerro de las Navajas, a la de 2,950 metros sobre el nivel del mar.

Se desearía sin duda ver aquí resuelta la cuestión de si estos edificios que excitan la curiosidad y de los cuales el uno (el Tonatiuh Itzacualli) según las medidas exactas de mi amigo el señor Oteiza tiene una masa de 128,970 toesas cúbicas, fueron enteramente contruidos por la mano del hombre, o si los toltecas se aprovecharon de alguna colina natural, y la revistieron de piedra y cal. Esta misma cuestión se ha promovido recientemente con respecto a varias pirámides de Gizéh y de Sajahar; y se ha hecho mucho más interesante por las hipótesis fantásticas que Wise ha aventurado acerca del origen de los monumentos de forma colosal del Egipto, de Persépolis y Palmira. Como ni las pirámides de Teotihuacán, ni la de Cholula, de que hablaremos después, no han sido horadadas por su diámetro, es imposible hablar con certidumbre de su estructura interior. Las tradiciones indias que las suponen huecas, son vagas y contradictorias; y atendida su situación en llanuras en que no se encuentra ninguna otra colina, parece también muy probable que el núcleo de estos monumentos no es ninguna roca natural. Lo que se hace también muy notable (especialmente teniendo presentes las aserciones de Pococke acerca de la posición simétrica de las pirámides pequeñas de Egipto) es, que alrededor de las casas del sol y de la luna de Teotihuacán se halla un grupo o por mejor decir un sistema de pirámides, que apenas tienen nueve o diez metros de alto. Estos monumentos de que hay centenares, están ordenados en calles muy anchas que siguen exactamente la dirección de los paralelos y meridianos, y que van a parar a los cuatro frentes de las dos pirámides grandes. Las pequeñas pirámides están más espesas hacia el lado austral del templo de la Luna, que hacia el templo del Sol; lo cual, según la tradición del país, consistía en que estaban dedicadas a las estrellas. Parece bastante cierto que servían de sepulturas a los jefes de las tribus. Toda esta llanura, a que los españoles dan el nombre (tomado de la lengua de la isla de Cuba) de *Llano de los Cues*, llevó en otro tiempo en las lenguas azteca y tolteca, el nombre de *Miclaoctli* o Camino de los Muertos. ¡Cuántas analogías con los monumentos del Antiguo Continente! Y este pueblo tolteca que a su llegada al suelo mexicano en el siglo VII construyó, bajo un plan uniforme, muchos de estos monumentos de forma colosal, esas pirámides truncadas y divididas por hiladas como el templo de Belo en Babilonia, ¿de dónde había tomado el tipo de tales edificios? ¿Venía él de raza mongolesa? ¿Descendía de un tronco común con los chinos, los hioñux y los japoneses? ²⁷

²⁷ Véase la obra de Herder: *Idea de una historia filosófica de la especie humana*; t. III, p. 11; y el *Ensayo de una historia universal* de Gatterer, p. 489.



TEOTIHUACÁN Y LOS TOLTECAS

Manuel Orozco y Berra ²⁸

Las páginas que dedica Orozco y Berra al problema de Teotihuacán y los toltecas e igualmente a describir la antigua Ciudad de los Dioses, son muestra de la acuciosidad con que escribió su Historia. No debe olvidarse que en su tiempo no se habían llevado aún a cabo exploraciones arqueológicas, sobre la base de una metodología científica, en la zona teotihuacana.

Teotihuacan es nombre de la lengua mexicana, significando, según Vetancourt, *lugar donde se adoran los dioses*; Veytia traduce *habitación de los dioses*; nos atrevemos a decir que la palabra está formada de *teotl*, dios, la ligadura *ti*, *hua*, partícula denotativa de posesión, y del afijo *can*, lugar: *lugar de los poseedores de dioses, lugar de los que adoran dioses*. De todas maneras la etimología confirma el aserto de ser aquella ciudad un reverenciado santuario, condición que puede explicar su existencia antehistórica, y su conservación durante las vicisitudes subsecuentes.

Los monumentos principales allí existentes, se dividen en las pirámides, los túmulos, y la fortaleza. Las primeras llaman particularmente la atención. Consultando los autores de más nota, parecen convenir en que la fábrica de esos monumentos se debe a los toltecas; Torquemada se separa de la opinión común, y la atribuye a los totonacos. Los toltecas no levantaron obras de esta clase, y sabemos estar ya construidas cuando llegaron a Tollan. Dos pensamientos constantes hallamos en nuestros escritores de historia antigua: amoldar a fuerza de ingenio la cronología mexicana en la bíblica; desechar toda tribu anterior a las naciones históricas, atribuyendo, por consecuencia, todas las ruinas de origen dudoso a los toltecas. De aquí la mayor parte de esas conclusiones aventuradas, con que se extravían y desluen las grandes prendas de hombres tan distinguidos como Torquemada, Veytia y Clavijero.

²⁸ Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, edición preparada por Angel M^a Garibay K. y Miguel León-Portilla, 4 vols., México, Editorial Porrúa, 1960, vol. II, pp. 296-300.

Sirviendo de punto de partida la pirámide de la luna, *Meztli Itzácuah*, 800 metros al Sur, se levanta la pirámide del sol, *Tonatiuh Itzácuah*, y 1,150 metros a la parte austral de éste, se ven las ruinas denominadas *Ciudadela*; numerosos túmulos rodean la primera pirámide, formando una calle o avenida llamada *Micoahitli*, camino de los muertos; arranca en el frente boreal del *Meztli*, pasa por delante del *Tonatiuh*, y termina cerca de la pequeña corriente tras la cual se alza la *Ciudadela*.

El *Meztli Itzácuah* es una pirámide cuadrangular, en la base 130 metros de N. a S., y 42 metros de altura. Con un pequeño error los lados están orientados siguiendo los verdaderos meridianos y paralelos. Estuvo formada de cuatro pisos, de los cuales se distinguen ahora tres, presentando el aspecto general de una colina, trabajada por los derrumbes producidos por la intemperie, y los cactus y magueyes crecidos allí desde mucho tiempo ha. La fábrica es en capas sobrepuestas de piedra y lodo, toba volcánica (*tepétatl*), mezclada con tierra, y de basalto escorioso (*tezontli*), revuelto igualmente con lodo; la cara exterior lleva un revocado de cal y arena fina, bruñido con esmero. Conviene lo acabado de leer al *Tonatiuh Itzácuah*, pirámide igualmente cuadrangular, 232 metros de N. a S.; 224 metros de E. a O., y 62 metros de altura.²⁹

“El grupo de las pirámides de Teotihuacán, dice Humboldt³⁰ está en el valle de México, ocho leguas al N. O. de la capital, en una llanura nombrada *Micoatl* o camino de los muertos. Obsérvense allí dos grandes pirámides dedicadas al sol (*Tonatiuh*) y a la luna (*Meztli*), rodeadas de muchos centenares de pequeñas pirámides, formando calles dirigidas exactamente de N. a S. y de E. a O. De los dos grandes *teocalli*, mide el uno 55 y el otro 44 metros de elevación perpendicular; la base del primero tiene 208 metros de largo, de donde resulta que el *Tonatiuh Itzácuah*, según las medidas practicadas por el Sr. Oteiza en 1803, es más alto que el Micerino o la tercera de las tres grandes pirámides de Dyzeh en Egipto, y la longitud de la base casi igual a la de Cephren. Las pirámides menores que rodean las casas del sol y de la luna, cuentan sólo de nueve a 10 metros de elevación, y según la tradición indígena, sirvieron de sepulcro a los jefes de las tribus. Alrededor de Chops y de Micerino en Egipto, se distinguen también ocho pequeñas pirámides colocadas simétricamente, paralelas a las faces de las mayores. Los dos *teocalli* de Teotihuacán tenían cuatro pisos principales, subdivididos cada uno en escalones cuyas aristas son todavía visibles: el núcleo es de

²⁹ Difieren estas medidas de las señaladas por Humboldt en su *Ensayo político de la Nueva España*.

³⁰ *Memorias de los trabajos ejecutados por la Comisión Científica de Pachuca, México, 1865*, p. 349.

barro revuelto con piedrecillas, y está revestido de una capa de *tezontli* o amigdaloidea porosa. Esta construcción recuerda una de las pirámides egipcias de Sakhara, de seis pisos, y según la relación de Pocke es un montón de cantos y de argamasa, revestido exteriormente de piedras brutas. En la cumbre de los grandes *teocalli* mexicanos había dos estatuas colosales del sol y de la luna, de piedra y con láminas de oro, quitadas por los soldados de Cortés. Cuando el obispo Zumárraga, religioso franciscano, emprendió destruir lo relativo al culto, a la historia y a las antigüedades de los pueblos indígenas de América, hizo romper los ídolos de la llanura de Micoatl. Se descubren aún los restos de la escalera construida de grandes piedras talladas, que antiguamente conducía a la plataforma del *teocalli*.”

Es dudoso si las pirámides de Teotihuacán contienen alguna construcción central, pues aunque emprendidas en diversos tiempos algunas horadaciones, ninguna logró atravesar los monumentos de manera conveniente; hace pensar por la afirmativa el pozo vertical de Meztli Itzácuil, cuadrado, de 1.6 metros por lado, revestidas las paredes de toba volcánica. Si de sepulcro no sirvieron, está probado que fueron templos, consagrados en lo antiguo a divinidades desconocidas, derribadas de sus altares por el sol y la luna, ya en los tiempos en que los toltecas establecieron su monarquía en Tollan. Consta de aquella época que los pueblos estaban muy adelantados en la astronomía, y como lugares eminentes, los templos servían de observatorios astronómicos. En el Códice Mendocino se consigna ser una de las ocupaciones de los sacerdotes observar los astros, ya para informarse de los fenómenos celestes, ya para señalar las horas del culto. Servían también de fortalezas en los tiempos modernos, y Cortés relata la heroica defensa hecha por los mexicanos de su gran *teocalli* . . .

El monumento conocido con el nombre de Ciudadela, es de una construcción particular. Cuatro muros que se cortan en ángulos rectos, cierran, por decirlo así, un cuadrado casi perfecto. El espesor de los muros es de 80 centímetros y la altura media de 10 metros, con excepción del occidental que tiene 5 metros; las caras son como en la trinchera de la pirámide anterior, con talud, dejando en la parte superior un plano horizontal. Sobre la muralla hay 14 tlalteles colocados simétricamente, conforme se ve en el plano; 4 en el lado Sur, 4 en el del N., 3 en el del E. y 3 en el del O. En el centro del monumento se encuentra una pequeña pirámide de base cuadrangular, dominando todo el edificio como lo haría actualmente en nuestras fortificaciones el caballero-alto; aunque deteriorada, parece tuvo un piso o escalón, conservando aún los vestigios de la rampa que conducía a la parte superior, por el lado oriental. Tiene adherido en la cara occidental un tlattel (montículo), y se encuentra otro algo más distante hacia el mismo rumbo.



Humboldt no menciona la Ciudadela. Sin duda alguna este es un nombre vulgar impropio para designar el objeto. Muros de 80^m de ancho y 10^m de altura constituyen una aberración en el arte militar de aquellos días, y fuera preciso suponer que el verdadero parapeto no existe, y se alzaba sobre la cara exterior de semejantes macizos. Supongo no haber examinado el monumento con la merecida atención; acaso esos sólidos de tierra contengan encerrados edificios como los del camino de los muertos; en todo caso no lo creemos una fortificación.*

El tipo principal de Teotihuacán son los túmulos asociados a las grandes pirámides. Ambas cosas se refieren a una época prehistórica remota. La primera manifestación en nuestro país se encuentra en Casas Grandes; allí están juntos el túmulo y la pequeña pirámide, montones de tierra alzados para distinguir los dos pensamientos predominantes en aquella sociedad, el altar y el sepulcro, la divinidad adorada, el rey o el jefe respetado. Se comprende que así debió ser al principio, porque altar y sepulcro de cortas dimensiones no exigían el concurso de gran número de personas, y acusan la civilización incipiente.

Predominó indisputablemente la idea religiosa, y siendo ejemplo el pequeño altar, llegó a tomar desmedidas proporciones en la gran pirámide, ya para satisfacer el orgullo de un monarca, o contentar el gusto de un pueblo poderoso. Esta transformación supone una nación grande, rica, agrícola, muy adelantada en civilización, constituida, mandada más o menos despóticamente, con una multitud resignada, trabajando en provecho de sus amos, lo cual nos induce a creer que aquellos hombres estaban divididos en castas. El túmulo se extendió a todas partes; la pirámide se halla en pocos lugares, porque sólo corresponde a cierto grado de civilización.

* Sagaz observación. Le dio la razón la preciosa exploración de Gamio en 1922.

5) RECONOCIMIENTO DEL PROBLEMA DE TEOTIHUACÁN Y TULA

Manuel Gamio ³¹

Entre los años de 1918 y 1921 el doctor Manuel Gamio dirigió una significativa investigación interdisciplinaria en el Valle de Teotihuacán. Entre otras cosas, a él se deben importantes descubrimientos arqueológicos realizados allí con estricta metodología científica. De la Introducción a su importante obra La población del Valle de Teotihuacán provienen las páginas que aquí se incluyen y en las que se plantea Gamio una serie de preguntas en torno a las posibles relaciones entre Teotihuacán y Tula.

Con perspicacia llegó a la conclusión de que era necesario explorar también con riguroso método arqueológico la zona de Tula que, a su juicio, representaba una etapa posterior respecto de la civilización que había florecido en Teotihuacán.

¿Cuál debe ser, lógicamente, el plano de referencia para discutir sobre las manifestaciones de la cultura tolteca o teotihuacana, principalmente de la arquitectura y las artes menores e industriales? ¿La famosa Tula, sobre la que giran todas las cronologías prehispánicas y los comentarios de los cronistas, o bien Teotihuacán, ciudad mucho menos citada que Tula, y esto ocasional y secundariamente? En esto radica el *quid* de la cuestión. Conocemos la región de Tula en el Estado de Hidalgo, por haberla explorado, aun cuando no detenidamente, lo que pensamos hacer en lo futuro. Sin embargo, por la naturaleza del terreno y su topografía, podemos deducir que allí no existió una gran ciudad, como debió ser la famosa Tula de los cronistas, ya que por la cantidad y por la calidad de los vestigios arquitectónicos, industriales, etc., que presenta, puede conceptuársele como una ciudad prehispánica de poca significación. En cambio, a Teotihuacán se le concede escasa importancia en anales y crónicas, y nunca se le describe, no obstante que los vestigios de esta ciudad prehispánica constituyen el conjunto más extenso, importante e

³¹ Manuel Gamio et alii, *La población del Valle de Teotihuacán*, 3 vols., México, Talleres Gráficos de la Nación, 1922, vol. I, pp. LXI-LXIII.

intenso de vestigios, tanto arquitectónicos como escultóricos, industriales, etc., del tipo tolteca o teotihuacano.³²

Es, pues, indudable que respecto a Tula y Teotihuacán hay un grave error, ya sea de denominación, ya de concepto, que debe enmendarse, por lo que procuraremos contribuir a este respecto con nuestra modesta opinión. Por los anales y tradiciones que nos legaron las familias de filiación azteca que inmigraron al valle de México, parece que éstas encontraron la antigua Teotihuacán³³ en estado ruinoso y de absoluto abandono y probablemente cubiertos ya con vegetación algunos de sus edificios; por eso es que no sólo no describen dicha ciudad, sino que son contadas las alusiones que de ella hacen, las cuales creemos debidas a una vaga tradición. Remontándonos más, encontramos que aun en las tradiciones que se suponen contemporáneas al periodo en que floreció Tula, tampoco se hallan amplias descripciones y relatos referentes a una ciudad incomparablemente superior a Tula en cualquier aspecto, como debió haberlo sido la grandiosa ciudad de las pirámides. De haber sido contemporáneas ambas ciudades, Teotihuacán hubiera opacado a Tula indudablemente. ¿Cómo resolver este problema?

Hasta aquí hemos discutido con argumentos que consideramos lógicos. En cambio, confesamos que la siguiente conclusión es una hipótesis aventurada y sujeta a rectificaciones posteriores, si bien con fundamento en lo anteriormente expuesto: creemos que Teotihuacán es la primitiva, la grandiosa Tula que debe haber florecido cinco o más centurias antes de la era cristiana; esta metrópoli decayó quizá al principiar la era cristiana o poco después. Sus habitantes, movidos por causas que ignoramos, se expatriaron y ambulaban por diversas regiones conservando los rasgos característicos de su civilización, hasta que, después de varios siglos, se establecieron en un lugar del actual Estado de Hidalgo, al que, en recuerdo de su antigua metrópoli, pusieron el nombre de Tula, la ciudad que citan los cronistas, los anales y las tradiciones. Sólo así se explica la contradicción y el desconcierto en que se recae al analizar los datos relativos a Tula y Teotihuacán. Respecto al término Teotihuacán, más parece que los inmigrantes de filiación azteca lo aplicaron a los vestigios gigantescos de la primitiva Tula, por la admiración que les pro-

³² Esto nos ha movido desde hace tiempo a denominar a tan interesante civilización, *teotihuacana*, en vez de *tolteca*.

³³ Debemos advertir que, al hacerse esta obra, se prescindió de término *nahua*, pues creemos que estando satisfactoriamente delimitadas las civilizaciones que florecieron en el valle de México, merced a investigaciones de índole arqueológica, y habiéndoseles denominado *arcaica* o *sub-pedregalense*, *teotihuacana* o *tolteca* y *azteca*, era inútil seguir usando aquel ambiguo y poco significativo término.

dujeron su magnitud y majestad. La investigación que pretendemos hacer en Tula, Hidalgo, consiste en estudiar concienzudamente los vestigios allí existentes, para saber si, como previamente suponemos, representan etapas posteriores de la civilización iniciada y florecida con anterioridad en Teotihuacán.

Se intentó, por otra parte, en esta Dirección de Antropología, determinar la cronología de la arquitectura teotihuacana por medio del conocimiento estratigráfico de la zona arqueológica de Teotihuacán. En las dieciséis excavaciones practicadas se observó que, a dos diferentes profundidades, había grandes acumulaciones de cerámica fragmentada, implementos rituales e industriales y, en general, toda clase de vestigios de tipo teotihuacano, depositados por un proceso natural de sedimentación, lo que indicaba que había habido dos máximos de habitabilidad correspondientes a dos épocas de florecimiento de la civilización allí establecida. Posteriormente se confirmaron en lo absoluto tales deducciones, ya que el examen de los edificios demostró que en realidad existían vestigios arquitectónicos superpuestos, correspondientes a dos épocas en que fueron construidas dos ciudades.

El edificio impropriamente denominado *Los Subterráneos*, cuya exploración fue iniciada por Charnay, así como casi todos los de la zona, comprueban la existencia de aquella superposición. Esas investigaciones no permiten, por desgracia, establecer la antigüedad de los dos periodos teotihuacanos, por lo que posteriormente imaginamos un sistema de investigación que probablemente sí suministrará resultados positivos. Es indudable que la capa de tierra que se ha ido sedimentando en el valle desde el siglo XVI hasta la fecha, mide un trabajo de sedimentación de cuatro siglos. Ahora bien; para determinar el espesor de esa capa, bastará con excavar cerca de los muros de las iglesias construidas en el siglo XVI, hasta llegar al arranque o basamento que aquéllas tuvieron entonces; claro es que la distancia entre el nivel del terreno actual y el nivel que presentan esos arranques o basamentos mide el espesor de la sedimentación en cuatro siglos. Una vez conocido este espesor, se podrá calcular con relativa aproximación la antigüedad de los monumentos arqueológicos subterráneos del valle...

Anticipadamente reconocemos las dificultades de orden técnico que tal investigación trae consigo; pero creemos que todavía serán mayores las de índole económica, ya que un trabajo especulativo de esta clase no presenta lucimiento objetivo, como sucede en otros que seguramente son de menos significación, y, en cambio, requiere grandes gastos. Sin embargo, insistiremos en hacer semejante investigación, que suministrará, si alcanzamos éxito, una verdadera clave para conocer, no sólo la cronología de la civilización teotihuacana, sino la de otras civilizaciones y arquitecturas prehispánicas relacionadas con aquélla.

6) TULA Y LOS TOLTECAS SEGÚN LAS FUENTES HISTÓRICAS

Wigberto Jiménez Moreno³⁴

Precisamente hacia 1940 comenzó a explorarse adecuadamente la zona de Tula, en el estado de Hidalgo. Puede verse a este respecto el informe que transcribimos ya acerca de las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en esa antigua ciudad bajo la dirección de Jorge R. Acosta.

Al iniciarse esos trabajos, otros investigadores y de modo especial Wigberto Jiménez Moreno, se plantearon el problema de relacionar los datos arqueológicos con las fuentes históricas indígenas. Con este fin se reunió una mesa redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología y en ella se presentó el estudio de Jiménez Moreno que aquí se ofrece. A la luz del análisis de los testimonios escritos pudieron alcanzarse importantes conclusiones. De hecho este trabajo de Jiménez Moreno permitió encauzar las ulteriores investigaciones y la cronología acerca de Tula y los toltecas.

El problema que se ha discutido en esta Asamblea es el de la identificación de la Tula histórica y de los Toltecas históricos, es decir, a qué población, entre varias llamadas “Tula”, se refieren los datos de las fuentes y hasta qué punto coinciden los datos arqueológicos, etnográficos y lingüísticos en corroborar o no esos datos de los documentos históricos.

Las fuentes indígenas más importantes son los *Anales de Cuauhtitlan* y la *Historia tolteca-chichimeca* redactadas, la primera en 1570 y la segunda en 1545. Otra importantísima fuente indígena es la obra de Sahagún en su texto náhuatl que le fue proporcionado al benemérito franciscano por los mismos indios. Complementan los datos de estas fuentes otras de menor importancia como la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, la *Relación genealógica*, la *Leyenda de los soles*, la *Histoyre du Méchique* y las obras posteriores de Torquemada, Ixtlilxóchitl

³⁴ Wigberto Jiménez Moreno, “Tula y los toltecas según las fuentes históricas”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, 1941, t. V, pp. 79-83.

y Chimalpain. De las relaciones de los toltecas con el área maya se habla en el *Popol Vuh*, los *Anales de los cakchiqueles*, el *Chilam Balam de Chumayel*, etcétera.

Las fuentes indígenas, al hablar de la Tula en que residió Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl, lo hacen en forma que no deja lugar a duda de que se trata de la actual Tula del Estado de Hidalgo y no de otra alguna. Tula significaba “Metrópoli”, como lo demuestran, por un lado, la *Relación de Cholula* y, por otro, el nombre otomí de la actual Tula del Estado de Hidalgo (Mamenhi).

Los *Anales de Cuauhtitlán* y la obra de Sahagún mencionan una serie de lugares en Tula, o en las inmediaciones de Tula, que permiten identificar el lugar de que se trata como la actual Tula del Estado de Hidalgo. Algunos de los lugares mencionados han perdido su nombre, pero ha sido posible conocerlo mediante un mapa del siglo XVIII que se conserva en el Archivo General de la Nación. Así Sahagún llama a la Tula donde residía Quetzalcóatl “Tollan Xicocotitlan”, es decir, “Tula junto al Xicócoc” y existe, en efecto, el famoso cerro llamado Jicuco cerca de Tula. Sahagún menciona también a Xippacoyan (que es el actual San Lorenzo inmediato a Tula); da el nombre del río de Tula como Texcalapan (y este nombre se encuentra en el texto que acompaña al precitado mapa de Tula que data del siglo XVIII); menciona, asimismo, a Xochitla (que está hacia el poniente de Tula), etc., etc. Los *Anales de Cuauhtitlán* mencionan también el Xicócoc como lugar donde residía el sacerdote que substituyó a Huémac en el cargo de Quetzalcóatl y asimismo mencionan el cerro Cincoc, al norte de Huehuetoca y visible desde Tula. Mencionan otros lugares que por el momento no creemos necesario anotar.

Las fuentes históricas al tratar de los orígenes de Tula, nos presentan a un personaje, Mixcóatl (que se convierte en dios), como caudillo de unos invasores que logran dominar a los otomíes y que conquistan una serie de pueblos en el norte del Valle de México como Hueipochtlan, Huehuetoca, Tecama, etc., y agregan que este conquistador fue después hacia el sur y en Culhuacan (el del Valle de México), según una fuente, o en Huitznáhuac, según otra, Mixcóatl encontró a una mujer de otra tribu, llamada Chimalma, y de la cual tuvo un hijo llamado Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl. La *Histoyre du Méchique* agrega que la madre de Quetzalcóatl murió del parto y que éste fue educado por sus abuelos (maternos). El Folklore de Tepoztlán aparentemente suministra datos complementarios que parecen indicar que Topiltzin vivió en su niñez en el actual Estado de Morelos donde pudo entrar en contacto con una cultura superior a la que tenía la tribu de su padre. Los *Anales de Cuauhtitlán*

fijan en el año 873 el establecimiento de Quetzalcóatl en Tula y la Relación Genealógica da la fecha 883 para el mismo acontecimiento. En 895, según ambas fuentes, Quetzalcóatl tuvo que abandonar Tula y emigró hacia el oriente para ir luego hasta Tlappallan (es decir, hacia el área maya). Los *Anales* dicen que en seguida gobernó en Tula, Matlaxóchitl, y esto lo confirman la *Histoire du Méchique* y un Canto del Teponazcuícatl de la colección de *Cantares Mexicanos* que se conserva en la Biblioteca Nacional. Las fuentes mayas, en especial los *Anales de los Cakchiqueles*, registran la aparición de Nácxitl Topiltzin en la región meridional del área maya. Tanto los *Anales de Cuauhtitlan* como la *Relación genealógica* narran los sucesos posteriores hasta que Huémac ascendió al trono y, después de haber gobernado alrededor de 60 años, ocurrió la destrucción de Tula en 1064 y Huémac se ahorcó o fue muerto en 1070. Los *Anales de Cuauhtitlan* mencionan el hecho de que los Toltecas emigraron entonces y fueron a Cholula, Tehuacán, Cozcatlan, Nonohualco, Teotitlán, Coixtlahuaca, Tamazólac, Copilco, Topillan, Ayotlán, Mazatlan y que se establecieron por todas partes en los países de los habitantes de la costa “donde hoy todavía viven”. La Historia Tolteca-Chichimeca empieza con el reinado de Huémac y distingue dos grupos étnicos diferentes en la población de Tula: los Tolteca-Chichimeca y los Nonoalca. Según ella, al ocurrir la destrucción de Tula, los Nonoalca atravesaron el Valle de México, penetraron en el de Morelos, llegaron a Guaquechula y otras poblaciones del Estado de Puebla y, mientras una rama fue a establecerse en la región de Zongolica en el Estado de Veracruz, la otra se radicó en la zona de Cozcatlán. La misma fuente registra una migración de los Tolteca-Chichimecas que recorren algunos lugares como Metztitlan y luego van a Cholula, poblada entonces por los Olmecas, a quienes desalojan de allí.

Varias fuentes yucatecas, principalmente el Chilam Balam de Chumayel, registran dos invasiones procedentes del centro de México: una bajo Topiltzin (= Kukulcan) en 987, y otra de los nahuas de Xicallanco que ayudaron a Hunac Ceel en 1194.

Desde el punto de vista arqueológico el criterio de lo tolteca lo dan los monumentos de Chichén Itzá porque allí es fácil distinguir los elementos toltecas extraños, adventicios, de la cultura Maya preexistente. Ahora bien, si uno compara esos elementos extraños que las fuentes mayas atribuyen a los Toltecas, con elementos similares en la región del centro de México, encuentra inmediatas semejanzas con Tula, Hidalgo. Podría darse una lista de los elementos comunes que demuestran claramente que la Tula de donde procedieron los invasores Toltecas de Chichén Itzá era la Tula del Estado de Hidalgo:



Personajes acompañados de una serpiente ondulante,
Columnas de serpientes con la cabeza para abajo y la cola
hacia arriba,
Cariátides,
Frisos de Tigres caminando,
Tigres con collares,
Chacmool,
Adorno pectoral en forma de mariposa.

Los estudios de las cerámicas demuestran que la cerámica de Tula, antes de la aparición del Azteca II, es la “Mazapan”. Esta cerámica es indudablemente posterior a la gran época Teotihuacana, y se la encuentra asociada en sus principios con el tipo Teotihuacán V, cuyo centro de manufactura no estaba ya en Teotihuacán sino en Azcapotzalco. La cerámica del primer periodo Cholulteca es contemporánea de Mazapan, según Noguera, y se ha podido fijar la contemporaneidad de este primer periodo Cholulteca con la cerámica fina anaranjada y “Plumbate” que se encuentran en Chichén Itzá. Por consiguiente, la cultura tolteca de Chichén Itzá deriva de Tula, Hidalgo, y no sería posible, en el estado actual de nuestros conocimientos estratigráficos, hacerla derivar directamente de la cultura teotihuacana porque esta cultura había mucho tiempo que había desaparecido del Valle de México cuando llegó la invasión Tolteca que registran las fuentes mayas.

Las conclusiones a las que puedo llegar son las mismas a las que llega el Dr. Walter Krickeberg en su obra “Los Totonacos”, escrita en 1920 y publicada por el Museo Nacional en 1933, pues al referirse a la cultura de Tula, Hidalgo, dice:

“Según el estado actual de las exploraciones, se puede resumir diciendo que los toltecas históricos fueron los representantes de una antigua cultura nahua, limitada primitivamente a los Valles de México y Puebla, pero la cual se extendió después hacia el Sur y a lo largo de la antigua ruta comercial hacia la costa atlántica llegando hasta Tabasco, de donde otras bifurcaciones, muy llenas de vida, se extendieron hasta el norte de Yucatán, por un lado, y por el otro hasta Guatemala, Honduras, San Salvador y Nicaragua. En esta propagación asimiló muchos elementos de otras culturas, particularmente en la costa Atlántica y en el país de los mayas, pero en su totalidad conservó bien su carácter nahua. Por esto no es práctico ligar con ella culturas tan heterogéneas, como la de Teotihuacán como ha sucedido varias veces. Pero tenemos que considerar su relación con otras culturas nahuas prehistóricas de la Mesa Central.”

Lamentamos profundamente que, por falta de tiempo, no nos haya sido posible publicar por ahora sino este brevísimo extracto que no presenta sino un limitado aspecto de nuestras investiga-

ciones presentadas más ampliamente en la Sociedad Mexicana de Antropología (1938-1940), en el XXVII Congreso Internacional de Americanistas (1939), en el VIII Congreso Científico Americano (1940) y en la Primera Reunión de Mesa Redonda, donde se discutió el problema de “Tula y los Toltecas” (1941).

Desde 1934 propugnamos en el Museo Nacional por la identificación de Tula, Hgo., con la Tula de las tradiciones. Por el mismo tiempo, Mújica y Díez de Bonilla hacía un reconocimiento allá, trayendo al Museo algunos monolitos. En 1940 Acosta y Moedano iniciaron sus exploraciones y al escribir estas líneas la ciudad de Quetzalcóatl ha quedado rehabilitada. Pronto publicaremos un amplio estudio, ya que hasta ahora sólo se ha impreso un breve artículo. Mientras tanto, añadimos un cuadro cronológico.

CRONOLOGIA DE LA HISTORIA TOLTECA

| PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS | Fechas según las Fuentes | Ruina de Tula en 1116 | Ruina de Tula en 1156 | Ruina de Tula en 1168 |
|---|--------------------------|-----------------------|-----------------------|-----------------------|
| Nacimiento de Topiltzin..... | 1 ácatl 843 | 895 | 935 | 947 |
| Su establecimiento en Tula, según “Anales de Cuauhtitlán” | 5 calli 873 | 925 | 965 | 977 |
| Idem. seg. “Relación de la Genealogía”..... | 2 ácatl 883 | 935 | 975 | 987 |
| Abandono de Tula por Topiltzin | 1 ácatl 895 | 947 | 987 | 999 |

Los “Anales” colocan el principio del reinado de Mixcoamaatzin (—Mixcoatl-Totepeuh) en 752. Pero la “Leyenda de los Soles” sitúa el nacimiento de su hijo Topiltzin a los 39 años de su vida o reinado, así es que parece ser 804 la fecha inicial de la historia tolteca, según las fuentes. Y ésta, según las tres hipótesis de corrección propuestas, correspondería a 856, 896 ó 908. Nuestra penúltima columna se basa en la conjetura de que los toltecas contaran sus años a la manera mixteca (ver “Códice de Yanhuítlán”); y nos inclinamos a ella. Ver la discusión de todo esto en nuestro libro “Tula y los Toltecas”.

7) TOLLAN LA ANTIGUA

Laurette Séjourné ⁸⁵

Un punto de vista diferente es el que expresa la arqueóloga Laurette Séjourné en las páginas que aquí se incluyen. A su juicio, la verdadera metrópoli de los toltecas, los seguidores de Quetzalcóatl, fue Teotihuacán, y no Tula Xicocotitlan en el actual Estado de Hidalgo. La autora insiste en que el término Tollan significó en náhuatl gran ciudad o metrópoli y afirma que todas las capitales del altiplano lo llevaron junto a su nombre propio.

A su parecer, los testimonios indígenas en los que se describe la grandeza de Tula deben considerarse fundamentalmente relacionados con Teotihuacán.

Al término del Arcaico, durante el periodo llamado *formativo* por estar situado en la víspera de la eclosión de las altas culturas, aparece el dios más antiguo de la religión nahuatl, el Dios del Fuego, tal como será venerado todavía por los aztecas: un hombre viejo, de rostro muy arrugado, llevando un brasero en la cabeza.

Las imágenes de esta divinidad han sido encontradas en el primer templo conocido de Mesoamérica —un edificio circular, a las puertas mismas de la ciudad de México— asociado a figurillas y a una cerámica típicamente arcaicas.

Estas primeras expresiones del espíritu religioso quedarán bastante tiempo aisladas, porque el templo y *Huehuetéotl* (*huehue*: viejo, y *teotl*, dios) constituyen en Cuicuilco los únicos elementos del culto divino. El material arqueológico de este lugar formado por representaciones mágicas de mujeres y de animales desprovistos de simbolismo, no se diferencia en nada del de las épocas anteriores, excepción hecha de los dos o tres ejemplares del Dios Viejo.

Se ignora la duración de este centro ceremonial, destruido por la erupción de un volcán. Con la ayuda de estudios comparativos ha sido posible establecer que su fin debe remontarse aproxima-

⁸⁵ Laurette Séjourné, *Pensamiento y religión en el México antiguo*, México, Fondo de Cultura Económica. 1957, pp. 91-96.

damente a los últimos siglos anteriores a nuestra era,³⁶ como todos sus rasgos culturales —cerámica y figurillas arcaicas, Dios del Fuego y sistema de construcción— no se encontraron más que en Teotihuacán (a 50 km. de la ciudad de México), se dedujo que esta última debió seguir directamente a la que fue sepultada bajo ocho metros de lava.

En sus principios, Teotihuacán descansa entonces sobre bases principalmente arcaicas. Muy pronto, sin embargo, la magra semilla religiosa venida de Cuicuilco produce sobre el suelo nuevo una floración prodigiosa: la religión nahuatl en toda su riqueza. Y al mismo tiempo que artistas pintan y esculpen en la inmensa metrópoli sagrada los signos de su lenguaje simbólico, todos los conocimientos que caracterizan las civilizaciones mesoamericanas alcanzan allí, en más o menos tres siglos, su forma definitiva.

Los orígenes de esta alta cultura constituyen el más hermético de los misterios. Basándose sobre la existencia de ciertos motivos tomados de los países tropicales —serpiente, quetzal, caracoles marinos o tortuga—, se ha hablado de un aporte cultural del Sur; pero, si bien procedentes de otras zonas, estos motivos están tan fuertemente integrados al conjunto espiritual teotihuacano, que es imposible suponer que hayan podido ser trasplantados ya convertidos en símbolos. Esto indica, naturalmente, el conocimiento de estas especies, lo que es muy natural puesto que la arqueología ha demostrado la facilidad con que viajaron siempre las poblaciones de estas comarcas, pero de ningún modo el trasplante de rasgos culturales elaborados. Además está comprobado que el simbolismo, tal como lo revivieron los aztecas siglos más tarde, no se encuentra, por esta época, en ninguna otra parte.

La más antigua metrópoli de Mesoamérica, Teotihuacán, es además, la única que posee una secuencia continua que, desde el Arcaico, llega progresivamente al más puro clasicismo. En las otras metrópolis, las excavaciones han determinado dos fases tan distintas —compuesta cada una de varios niveles—, que han sido atribuidas a pueblos sin relación entre sí. Únicamente en la segunda de esas fases es cuando surgen los elementos específicos de culturas diferenciadas; y de ahí se desprende que cuando las ciudades mayas³⁷ o zapotecas³⁸ comienzan a descubrir sus caracteres propios, Teotihuacán, poderosamente enraizada en su suelo de origen, ha desarrollado ya la religión, las

³⁶ Marquina, Ignacio, *Arquitectura prehispánica*, México, 1951.

³⁷ Morley, Silvanus G., *La civilización maya*, Fondo de Cultura Económica, México, 1956.

³⁸ Caso, Alfonso, *Calendario y escritura de las antiguas culturas de Monte Albán*, México, 1947.

artes y las ciencias que prevalecerán por más de quince siglos. A pesar de que no alcance a explicar el ascendiente de Teotihuacán sobre el México antiguo —ascendiente que proviene más que nada de su genio incomparable—, este simple dato cronológico ayudará, empero, a conducirnos en el dédalo de las sociedades mesoamericanas.

Es útil recordar que el término *Tollan* significa en nahuatl *gran ciudad* o *metrópoli* y que todas las capitales del Altiplano lo llevaron junto a su nombre propio. Por ser su arquetipo, Teotihuacán es, por lo general, designada simplemente *Tollan*, como se comprueba en ciertas cartas geográficas antiguas. En el estudio que el americanista francés Aubin consagra a la más importante de ellas, se dice que el lugar en que se encuentra Teotihuacán

lleva el nombre de Tollan... y no aquel de Teotihuacán... Esta anomalía aparente, reproducida hasta cierto punto en el Códice Xólotl, puede venir de esto que, según un traductor de una historia de Teotihuacán que publicaré, esta ciudad habría sido nombrada tolteca por los fundadores los toltecas de quienes ella era la metrópoli, “como Roma, dice el traductor, es la de los Cristianos.”³⁹

Los sabios aztecas que transmitieron su saber escribiendo o informando a los cronistas españoles, concuerdan con la arqueología a propósito de esta Tollan que consideran la fuente de sus conocimientos y de su historia. Es así como Sahagún, para calcular la antigüedad de los nahuas, en las primeras páginas de su obra, fija en el tiempo esta ciudad primordial:

En lo que toca a la antigüedad de esta gente, tiénese por averiguado que ha más de dos mil años que habitan en esta tierra que ahora se llama la Nueva España, porque por sus pinturas antiguas hay noticia que aquella famosa ciudad que se llamó Tollan ha ya mil años o muy cerca de ellos que fue destruida... y en lo que tardaron en edificarla y en lo que duró en su prosperidad antes que fuese destruida es cónsono a verdad que pasaron más de mil años, de lo cual resulta que por lo menos quinientos años antes de la Encarnación de nuestro Redentor esta tierra está poblada. Esta célebre y esta gran ciudad de Tollan, muy rica y decente, muy sabia y muy esforzada, tuvo la adversa fortuna de Troya.⁴⁰

³⁹ “Mapa Quinatzin”, *Anales del Museo Nacional, México*, 1866, Epoca I, t. 3, pp. 345-368.

⁴⁰ Sahagún, Bernardino de, *Historia General de las cosas de Nueva España*, 3 vols., México, 1946, t. I, p. 12.

La cronología establecida por las excavaciones confirma estos cálculos.

Las informaciones coinciden, además, en lo que los cronistas especifican siempre: que el rey de Tollan no era otro que Quetzalcóatl, el creador de todo el saber humano. Ahora bien, la arqueología descubre que Teotihuacán es no solamente el lugar donde fueron creados los elementos culturales náhuatl, sino también la primera —y la única durante mucho tiempo— donde se encuentra expresado el culto de Quetzalcóatl (*quetzal*: pájaro, *coatl*: serpiente). En efecto, en el siglo IV, Teotihuacán posee ya edificios grandiosos ornados con profusión de serpientes emplumadas, imagen hasta entonces totalmente desconocida.

La prueba arqueológica de que la serpiente emplumada no existe antes de Teotihuacán y que aquellas que aparecen en otras zonas son posteriores no debe ser considerada como un simple detalle técnico: constituye el argumento que permite identificar, sobre una base científica, a Teotihuacán con la primera ciudad náhuatl.

Insistimos sobre este punto porque en 1941, los antropólogos mexicanos en Mesa Redonda votaron, después de sesiones tumultuosas, una resolución según la cual la capital de Quetzalcóatl en lugar de ser Teotihuacán, como lo habían creído investigadores de la categoría de Eduard Seler, sería una cierta Tollan-Xicotitlan (a 100 kilómetros de la actual ciudad de México) situada al fin del siglo X; es decir, en el momento en que Mesoamérica, bajo el choque brutal de la llegada en masa de cazadores nómadas, se había apartado ya del misticismo de las épocas precedentes.

No entraremos aquí en minuciosas especulaciones a este propósito. Hemos sostenido en otra parte nuestra certidumbre de que, revisada a la luz del material arqueológico de que se dispone hoy día, esta resolución sería insostenible.⁴¹ Además de que los elementos técnicos sobre los cuales se apoyaba han resultado inoperantes, diez temporadas de exploraciones⁴² han exhumado en Tula-Xicotitlan un centro civil de segundo orden que, exceptuando algunas notables esculturas, se limitó a copiar burdamente motivos importados y no puede, en manera alguna, representar la cuna de una cultura gloriosa.⁴³

⁴¹ Séjourné, Laurette. "Tula, la supuesta capital de los toltecas", *Cuadernos Americanos*, México, 1954, Año XII, Núm. 1, p. 153.

⁴² Los informes de estas excavaciones rendidos por el arqueólogo Jorge Acosta, casi enteramente inéditos, se encuentran en la biblioteca del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México.

⁴³ Es suficiente observar que, por la indigencia de lo exhumado en Tula —caso verdaderamente singular en Mesoamérica—, no existe un salón de la cultura tolteca en el Museo Nacional de México, en el que las culturas



Es desconcertante que la mayor parte de los estudiosos que quisieron ver en Tula-Xicotitlan la patria de Quetzalcóatl no se hayan preocupado por el hecho de que las imágenes de este dios existían ya en una ciudad cerca de mil años más antigua. Es como si se situara la vida de Cristo y el comienzo de nuestra Era en el siglo X sin tener en cuenta las referencias históricas y las representaciones de crucificados anteriores a esta fecha. A fin de salvar este obstáculo, se intentó sostener que la serpiente emplumada no es en Teotihuacán más que uno de los muchos signos para representar el agua. Pero esta tesis, que equivaldría a recordar la existencia de la cruz antes del Cristianismo, es inaceptable porque todo lleva a hacer pensar que se trata de un emblema cuyo contenido sobrepasa la figuración de un elemento natural.

Como Quetzalcóatl enseña que la grandeza humana reside en la conciencia de un orden superior, su efígie no puede ser otra que el símbolo de esta verdad y las plumas de la serpiente que lo representan deben hablarnos del espíritu que permite al hombre —al hombre cuyo cuerpo, como el del reptil, se arrastra en el polvo— conocer la alegría sobrehumana de la creación, constituyendo así un canto a la soberana libertad interior. Esta hipótesis se ve confirmada, además, por el simbolismo náhuatl, en el cual la serpiente figura la materia —su asociación con las divinidades terrestres es constante— y el pájaro, el cielo. El quetzalcóatl es entonces el signo que contiene la revelación del origen celeste del ser humano.

Teotihuacán, la Ciudad de los Dioses

Por su súbita emergencia y su vigor creador, Teotihuacán parece concebida en el deslumbramiento de esta revelación exaltante y, como en un vasto poema, cada uno de los elementos que la componen forma rigurosamente parte de un todo altamente inspirado.

Sorprende no encontrar antecedentes de los principales factores de una civilización cuyas normas en su esencia, quedarán intactas hasta la Conquista española. Pero si es difícil admitir que rasgos culturales —como algunas características arquitectónicas, la orientación de sus edificios o las particularidades de su escultura y su pintura— hayan podido desde su nacimiento asumir un carácter definitivo, más difícil aún es imaginar la aparición, en un estado de desarrollo perfecto, del sistema de

más periféricas poseen una sección especial. Esta misma indigencia hizo que en la Exposición de Arte Mexicano que maravilló a los europeos en 1952-53 tampoco figurara ningún material proveniente de esa supuesta capital de los toltecas.

pensamiento que está en su base. No se conoce ningún vestigio material de esta elaboración prodigiosa. ¿Se trata de una obra colectiva o fue la obra de un solo ser? La importancia inigualada que se atribuye a Quetzalcóatl haría inclinar hacia la segunda hipótesis. Sea lo que fuere, y a pesar de que Teotihuacán hunde sus raíces en el universo fragmentado de los tiempos arcaicos, únicamente la visión de la inmensidad del espíritu —de la chispa divina que liga y armoniza— pudo engendrar la potencia activa que presidió la fundación de la ciudad construida a la gloria de esa serpiente emplumada que es el hombre consciente.

Es significativo que el nombre de esta primera metrópoli sea precisamente *Ciudad de los Dioses* (significado de la palabra náhuatl *Teotihuacan*), a causa de que, nos explica Sahagún:

los señores que allí se enterraban, después de muertos los canonizaban por dioses y decían que no se morían, sino que despertaban de un sueño que habían vivido; causa porque decían los antiguos que, cuando morían los hombres, no parecían sino que de nuevo comenzaban a vivir casi despertando de un sueño y se volvían en espíritus o dioses... y así les decían: “Señor o Señora, despierta que ya comienza a amanecer, ya es el alba, pues ya empiezan a cantar las aves de plumas amarillas, ya andan volando las mariposas de diversos colores”; y cuando alguno se moría, de él solían decir que ya era *teotl*, que quiere decir que ya era muerto para ser espíritu o dios.⁴⁴

Así, lejos de implicar groseras creencias politeístas, el término *Teotihuacan* evoca el concepto de la divinidad humana y señala que la ciudad de los dioses no era otra que el sitio donde la serpiente aprendía milagrosamente a volar; es decir, donde el individuo alcanzaba la categoría de ser celeste por la elevación interior.

Sahagún, *op. cit.*, t. II, p. 309.



8) TULA Y LA TOLTECAYOTL

Miguel León-Portilla ⁴⁵

El término toltécáyotl significa en náhuatl la esencia y el conjunto de las creaciones culturales de los toltecas: la toltequidad. El autor se plantea en estas páginas el problema del origen último de ese gran conjunto de creaciones que los nahuas de tiempos posteriores llamaron la toltécáyotl. Para proponer una respuesta, correlaciona nuevamente datos de la arqueología con fuentes históricas indígenas.

En Teotihuacán, como lo muestran los incontables descubrimientos que han tenido lugar desde los célebres trabajos dirigidos por Manuel Gamio, hasta los más recientes de Laurette Séjourné, parecen hallarse las raíces y los moldes culturales básicos que después habrán de difundirse por toda la zona central de México. Así por ejemplo en la arquitectura, sus pirámides con su orientación específica, sus plazas y palacios, son como el paradigma implícito de ulteriores creaciones. Otro tanto puede decirse de sus pinturas murales, su escultura, su cerámica y sus trabajos en obsidiana.

Parece ser que también por este tiempo comenzó a generalizarse en la altiplanicie central el antiguo calendario indígena, así como las pinturas de los códices. Por lo menos así lo afirman los informantes indígenas, quienes refieren que dichos conocimientos habían sido introducidos por los sabios antiguos.

Confrontando los hallazgos arqueológicos, entre otros las pinturas de Teotihuacán, que pudieran describirse como antiguos códices incorporados a los muros, con los textos posteriores del mundo náhuatl, en los que se reflejan ideas semejantes, es posible llegar a vislumbrar algunos aspectos de la religión y el pensamiento en la Ciudad de los Dioses. Porque, por apartada que se considere en el tiempo, Teotihuacán, que dejó en millares de figurillas de barro la expresión profunda del rostro de muchos de sus sabios, de sus sacerdotes e hijos, sigue siendo —como lo muestra cada vez más la arqueología— lo que era ya para los

⁴⁵ Miguel León-Portilla, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, 1ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1961.

pueblos nahuas de tiempos posteriores: la raíz más antigua de su pensamiento religioso, de su arte, y en una palabra, de las principales instituciones de la ulterior cultura de Anáhuac.

Peró, a pesar de la extraordinaria organización social y política que supone el esplendor teotihuacano, a mediados del siglo IX d.C., sobrevino su misteriosa, y hasta ahora no explicada ruina. Esta no fue un hecho aislado y excepcional. En el mundo maya ocurrió por ese tiempo algo semejante. La ruina y el abandono de los grandes centros rituales de Uaxactún, Tikal, Yaxchilán, Bonampak y Palenque, tuvo lugar en una época muy cercana al colapso de Teotihuacán. Y hay que confesar que hasta la fecha no se ha podido explicar de modo convincente la causa de esto que pudiera llamarse muerte del esplendor clásico del México antiguo.

Coincidiendo con la ruina de Teotihuacán, o tal vez con sus últimos tiempos, fue surgiendo poco a poco un segundo brote cultural de considerable importancia en Tula, situada a unos 70 kilómetros al norte de la actual ciudad de México. Como se lee en el mismo texto nahuatl de los informantes de Sahagún citado arriba, algunos de los moradores de Teotihuacán, al sobrevénir la ruina del gran centro ritual, comenzaron a dispersarse:

Primero vinieron allí,
a donde se dice *Tollantzinco* [Tulancingo, Hidalgo].
En seguida pasaron a *Xicocotitlan*,
a donde se dice *Tollan* [Tula].⁴⁶

Desde el punto de vista arqueológico, los hallazgos que han tenido lugar en el antiguo centro religioso de Huapalcalco, inmediato a Tulancingo, muestran vestigios de la presencia allí de los teotihuacanos. Posiblemente algunos de ellos, cuando ya era inminente la ruina de su ciudad, decidieron emigrar. Su estancia en Tulancingo fue más breve, ya que, como dice el texto, "de allí, en seguida pasaron a Xicocotitlan, donde se dice Tollan". En este lugar, y aun tal vez en el mismo Tulancingo, nuevos grupos nómadas, venidos del norte, muchos de ellos de filiación y lengua náhuatl, empezaron a recibir el influjo de la antigua cultura clásica.

Poco a poco surgió así el nuevo centro ceremonial de Tula, conservando instituciones e ideas religiosas, como el culto a Quetzalcóatl, derivados de Teotihuacán. Sólo que en Tula se dejaron sentir también otras influencias. El espíritu guerrero de los nómadas del norte empezó a manifestarse: basta con

⁴⁶ Textos de los informantes de Sahagún, *Códice Matritense de la Real Academia*, fol. 196 r.

recordar esas colosales figuras de piedra representando guerreros, algunas de las cuales aún se conservan hoy día en Tula. Cronistas y textos indígenas designan a los moradores de esta ciudad con el nombre de toltecas. En su gran mayoría habían llegado de las llanuras del norte, guiados por su jefe Mixcóatl:

Los toltecas llevaron la ventaja
en todo tiempo,
hasta que vinieron a acercarse a la tierra chichimeca.
Ya no se puede recordar
cuánto tiempo anduvieron.
Vinieron del interior de las llanuras,
entre las rocas.
Allí vieron siete cavernas,
e hicieron esas cuevas sus templos,
su lugar de súplicas.
Y estos toltecas
iban siempre muy por delante.⁴⁷

Quienes habían venido del norte fueron recibiendo el influjo de la antigua cultura. Establecidos primero, según parece, en Culhuacan, al sur de los lagos, posteriormente algunos grupos se fijaron en Tula-Xicocotitlan. Una de las funciones primordiales de Tula iba a ser la de actuar como centro civilizador de los varios grupos de cazadores de filiación náhuatl.

Antes de las exploraciones arqueológicas de Tula, iniciadas en plan sistemático en 1940, se pensaba que en realidad la gran metrópoli de los toltecas había sido Teotihuacán. Descubierta ya la mayor parte de Tula, se modificó el panorama. Considerando a Tula como la capital tolteca, se atribuyó a ella el privilegio de haber sido el gran centro creador de todo el conjunto de artes y más elevados ideales que los nahuas posteriores afirmaban haber recibido de los toltecas. Aceptado esto, Teotihuacán, desde un punto de vista histórico, quedó en la obscuridad. Con toda su grandeza la Ciudad de los Dioses, privada de historia y de resonancia ulterior, quedaba convertida en una especie de “ciudad fantasma” del México antiguo.

Sin embargo, un examen más detenido de la documentación náhuatl proveniente de los siglos XV y XVI —en la que se describe con los más vivos colores el conjunto de creaciones de los toltecas y aun se acuña un sustantivo abstracto para designarlas, *Toltecáyotl* (toltequidad)—, mueve a pensar cómo es posible que toda esa grandeza haya tenido sus raíces en la más bien pequeña ciudad de Tula-Xicocotitlan.

Los toltecas, según el testimonio de los textos, eran grandes

⁴⁷ *Ibid.*, fol. 178 r.

artífices, constructores de palacios, pintores y escultores “que ponían su corazón endiosado en sus obras” (*tlayoltehuiani*), alfareros extraordinarios que “enseñaban a mentir al barro”, haciendo toda clase de figurillas, rostros y muñecas. Pero, especialmente se atribuye a ellos el culto del dios Quetzalcóatl, divinidad única, amante de la paz, que condenaba los sacrificios humanos y atraía a sus seguidores a una vida de perfección moral. Decir *tolteca* en el mundo náhuatl posterior (aztecas, tetzcocanos, tlaxcaltecas...), implicaba en resumen la atribución de toda clase de perfecciones intelectuales y materiales.

Ahora bien, aun cuando no poco de lo dicho pueda aplicarse a quienes edificaron la ciudad de Tula-Xicocotitlan, un elemental conocimiento de la arqueología teotihuacana permite afirmar que casi todo lo bueno y grande que hubo en Tula, existió antes en mayor proporción y con mayor refinamiento en la Ciudad de los Dioses. No significa esto que se pretenda identificar aquí a Teotihuacán con la Tula de los toltecas, de que hablan los textos indígenas y los cronistas. El punto que queríamos ver dilucidado es el referente a la más honda raíz de las creaciones culturales del mundo náhuatl significadas por la palabra *Toltecáyotl* (toltequidad).

Si dicho concepto implica grandes creaciones arquitectónicas, pirámides y numerosos palacios, pinturas, murales, esculturas extraordinarias, una rica y variada cerámica y, sobre todo, el culto antiguo y universal al dios Quetzalcóatl, razonablemente parece difícil dudar que la raíz de la *Toltecáyotl* se encuentra en la Ciudad de los Dioses: Teotihuacán. Si se desea, puede designarse a sus habitantes con el nombre de *teotihuacanos*, reservando el de *toltecas* para los fundadores de Tula. A no ser que se opte por establecer una cierta diferencia dentro del concepto mismo de *tolteca*. Podría llamarse así a los creadores de Teotihuacán, *toltecas antiguos*, y a los de Tula, *toltecas recientes*. Tal designación tendría la ventaja de recordar implícitamente que la relación en que se encuentran Tula y Teotihuacán parece ser la que existe entre una gran metrópoli, que es foco y raíz de una cultura, y otra ciudad menor, que pudiera describirse como resurgimiento posterior, y en menor escala, de la grandeza antigua.



9) UN POSIBLE IMPERIO TEOTIHUACANO

Ignacio Bernal ⁴⁸

En este trabajo se elabora un primer intento de más amplia comprensión de lo que fue la realidad teotihuacana. A juicio del arqueólogo, doctor Ignacio Bernal, el análisis de numerosos elementos puede llevar a afirmar que Teotihuacán fue metrópoli y centro de algo muy semejante a lo que se ha designado a través de la historia como un imperio.

En el caso concreto de Teotihuacan, donde no tenemos datos históricos, necesitamos recurrir exclusivamente a la arqueología para tratar de investigar hasta qué punto podemos hablar de un imperio teotihuacano.

No podemos pensar en un imperio cuya cabeza no sea una ciudad propiamente dicha. Tanto imperio como ciudad son términos que se refieren a un nivel superior al del mundo tribal. Entonces nuestro primer punto será proponer que Teotihuacan fue una ciudad y no un centro ceremonial. Este punto parece de fácil demostración si se tiene en cuenta en primer lugar el enorme tamaño construido y urbanizado (unos 32 km.²) y en segundo lugar las grandes diferencias que existen dentro de esa área. En efecto, independientemente de los monumentos de índole religiosa, existen habitaciones que podemos llamar palacios, otras de tamaño mediano y finalmente chozas de artesanos o de agricultores. Todo ello parece demostrar una estratificación muy clara, base necesaria para que exista una ciudad. Se trata además de un sitio particularmente rico no sólo en grandes monumentos públicos sino en la producción de toda clase de objetos menores. Tiene un gran estilo artístico. Podríamos considerar a Teotihuacan como el sitio más rico de Mesoamérica. Por tanto parece bien establecido que se trata de una *ciudad* con un patrón urbano plenamente caracterizado.

Una ciudad de esta importancia, que tiene además división de trabajo, estratificación social, y comercio con muchas áreas.

⁴⁸ Ignacio Bernal, "Notas preliminares sobre el posible imperio teotihuacano", *Estudios de cultura náhuatl*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1965, vol. V, pp. 31-38.

no puede concebirse sino a base de un grupo organizado que rija sus destinos. Ya que se trata de una ciudad y no de una sociedad aldeana, tendremos que convenir en que en Teotihuacan sí hubo un gobierno estatal; en otras palabras, que Teotihuacan es la cabeza de un *Estado*.

Pero el que Teotihuacan sea la cabeza de un Estado no implica necesariamente que sea la cabeza de un imperio.

No es éste el momento de discutir las características de un imperio y las diferentes formas en que éstos han existido, pero sí debemos de indicar que imperio necesariamente significa que el poder se ejerce sobre varias regiones, antiguamente soberanas, aparte de la metropolitana. Estas regiones deben presentar una diversidad étnica y lingüística. ¿Es éste el caso de las regiones que posiblemente dominaba Teotihuacan?

Veamos primero cuál puede haber sido la zona metropolitana de Teotihuacan y cuáles las fases de su desarrollo. Es probable que cuando se construyen las primeras pirámides, particularmente la del Sol y de la Luna, es decir hacia el fin de Teotihuacan I, ya la creciente ciudad controlaba todo el valle de Teotihuacan.

Teotihuacan en la época III no pudo haber tenido menos de unos 120,000 habitantes ya que era más del doble del tamaño que el Tenochtitlan de Moctezuma. No contamos en este número otros pobladores que en más de 100 sitios pequeños vivían en el valle de Teotihuacan y pertenecían a la misma cultura. Para sustentar a esta enorme población era necesario controlar no sólo el valle Teotihuacano sino también el valle de México y muy probablemente regiones más extensas. La extraordinaria abundancia de restos teotihuacanos en el valle de Puebla sugiere la importancia allí de la cultura teotihuacana y la posibilidad de que la zona metropolitana de Teotihuacan se haya extendido sobre los dos valles de México y Puebla. Es interesante pensar que el patrón cultural tan característico de épocas posteriores con las dos capitales situadas respectivamente en cada uno de los valles pueda haber existido desde antes con la fórmula Teotihuacan-Cholula. Pienso que formaba parte también de la zona metropolitana la región hidalguense, alrededor de Tulancingo, ya que parece que allí encontramos la misma situación cultural.

Por lo que se refiere a otras áreas, distintas étnica y lingüísticamente, hacia donde tuvo lugar la expansión comercial de Teotihuacan, son particularmente importantes el valle de Oaxaca y la Mixteca, Veracruz, El Petén y los Altos de Guatemala, el Occidente y el centro norte de México, áreas todas donde hay indicios de la presencia teotihuacana. Pero esta influencia es de diferente grado y de diferente índole en los distintos sitios mencionados.

Veracruz y Oaxaca parecen las más íntimamente conectadas

y pienso que fueron las dos primeras áreas hacia las cuales se expandió Teotihuacan, probablemente durante la época II. El problema de las relaciones con Veracruz es sumamente complejo y se discutirá en otra ocasión. En cambio, en Oaxaca la situación parece un poco más clara aunque de ninguna manera está establecida y sólo presento lo que sigue (como todo lo demás) en calidad de hipótesis de trabajo.

Pienso que del valle de Puebla, por Tehuacán, tiene lugar la infiltración hacia el valle de Oaxaca y del mismo valle de Puebla, pero en este caso por Atlixco, hacia la Mixteca. Aquí hay pocos encuentros teotihuacanos; pero en cambio en el valle de Oaxaca son muy claros. En la época de Transición Monte Albán II-IIIa la característica es la aparición muy súbita de objetos traídos de Teotihuacan y de objetos de producción local que imitan el estilo teotihuacano. No me extrañaría que durante este periodo, que debió de ser breve, haya habido una conquista teotihuacana en el valle de Oaxaca, aun cuando ésta se haya reducido a grupos pequeños de soldados o de sacerdotes jefes y no haya cambiado para nada a la población en general. El fin de esta época de transición puede señalar la desaparición, tal vez paulatina, de los teotihuacanos del valle de Oaxaca. La época IIIa señala la formación definitiva de los zapotecos; pero éstos conservan todavía una serie de rasgos que imitan localmente a Teotihuacan y que poco a poco se van volviendo locales.

Las relaciones con el Petén y los Altos de Guatemala han sido, en el caso de Kaminaljuyú, estudiadas muy cuidadosamente por Kidder,⁴⁹ el cual sugiere incursiones militares más que una difusión de rasgos culturales. Descubrimientos más recientes en Tikal y varios otros sitios han confirmado la presencia de ellos de rasgos teotihuacanos.

Lo dicho anteriormente sugiere pues la presencia tal vez militar de teotihuacanos en la región de Veracruz, Oaxaca y Maya.

Mucho menos conocido es el Occidente de México. Sin embargo sitios como el Ixtepete, cerca de Guadalajara, parecen tener una época claramente teotihuacana y con rasgos tan marcados que no podrían ser el resultado de difusión, sino más bien de la presencia de Teotihuacan. En el caso del Centro Norte de México empiezan a aparecer abundancia de datos que sugieren lo mismo y que esperamos discutir en otra parte. Sin embargo, aquí no encontramos sitios característicos sino más bien una influencia general.

En resumen, la arqueología indica una área metropolitana alrededor de Teotihuacan en que sólo encontramos (en esa época) cultura teotihuacana, áreas en las que la presencia teoti-

⁴⁹ Kidder, Jennings y Shook. *Excavations at Kaminaljuyú, Guatemala*. Carnegie Institution of Washington, Pub. 561, 1946, p. 255.

huacana es bastante clara y otras en que sólo aparece en rasgos aislados.

Puede aducirse que todos estos objetos o monumentos teotihuacanos en diferentes sitios son más bien el resultado de contactos comerciales o aun de influencias religiosas, emanados de la gran Metrópoli, y que no necesariamente significan el dominio más o menos permanente de los teotihuacanos. Sin embargo hay que considerar las características tan particulares del comercio internacional en Mesoamérica. Por lo que sabemos de datos posteriores, los comerciantes realmente no comercian sino con áreas que están controladas o que van a ser controladas por la ciudad que los envió. No parecen haberse aventurado muy lejos de la frontera o haberse salido de los caminos trazados por sus propios ejércitos. De ser esto cierto en tiempos de Teotihuacan, ello aumentaría la probabilidad de que esta Metrópoli hubiera controlado, aunque fuese en forma muy superficial, las áreas a que nos hemos referido. Es probable que Teotihuacan sólo estableciera colonias en esas regiones donde la población local, siempre más numerosa, absorbió a la corta o a la larga los elementos de la cultura teotihuacana.

De ser aún parcialmente cierto este análisis, demostraría que Teotihuacan era la cabeza de un imperio que se hubiera extendido por regiones, muy similares por cierto, a las que más tarde habían de absorber toltecas y aztecas.

Ahora bien, la tesis que piensa en la posibilidad de un imperio teotihuacano está, cuando menos en parte, en contradicción con el punto de vista, hoy muy difundido, de que Teotihuacan —y en general toda la época clásica— representa las teocracias pacíficas en contraste al militarismo de épocas posteriores. En efecto, en Teotihuacan hay pocas indicaciones que permiten afirmar que se trata de un estado con tendencias militares. No tenemos esculturas o pinturas representando guerreros, no hay escenas de batallas ni hay fortificaciones; se han encontrado muchas puntas de proyectil, pero no es seguro que se usaran para la guerra.

En cambio, tenemos una abundancia manifiesta de templos y de representaciones de sacerdotes o escenas religiosas, dioses y objetos de culto.

Sin embargo, hay algunos elementos que nos permiten pensar que la posición anterior no es enteramente exacta y que en el caso de Teotihuacan también hay un militarismo, aunque esté en cierto modo oculto, ya que los mismos militares eran sacerdotes, y esta función, cuando menos desde el punto de vista de la representación artística, era la que predominaba.

En Teotihuacan desde la época II hay figuras claras de Xipe, de corazones humanos, de cuchillos de sacrificio y de la sangre como elemento precioso, evidencias de canibalismo, huesos hu-

manos hechos trofeos y cabezas-trofeos. Hay también representaciones de caballeros águilas y tigres que, como sabemos por datos aztecas, estaban íntimamente unidos a la necesidad de hacer prisioneros para sostener la vida del Sol. Es posible que en Teotihuacan fuera lo mismo. Los sacrificios humanos en Mesoamérica se hacen generalmente con prisioneros de guerra, ya que éstos son los más valiosos y no es posible tener prisioneros de guerra si no ha habido expediciones militares, aun cuando sólo fueran del tipo de la guerra florida. Si ya existía el culto al Sol en la forma azteca y la necesidad de sostenerlo en vida mediante el derramamiento de sangre humana, como parecen indicarlo los hallazgos mencionados, todo ello está ligado muy íntimamente a guerras y a conquistas.

Por otro lado, Teotihuacan, más que ningún otro estado mesoamericano, tiene una permanencia, una seguridad y una fuerza que indican una situación perfectamente controlada en la que no es necesario hacer gala de un militarismo ruidoso. Basta que exista la fuerza para lograr la defensa y la seguridad sin que aparezca necesariamente representada sino que son más bien los jefes civiles, los sacerdotes, vestidos como los dioses, los que aparentemente rigen los destinos de la ciudad. Más tarde, cuando la situación se vuelve incierta y el imperio es inestable como en Tula o en Tenochtitlan, el guerrero es indispensable en primera línea, y en vez de estar a la sombra de la capa del sacerdote, se exterioriza y muestra los dientes.

Se han indicado además ciertas consideraciones de orden general que tienden a reforzar la idea de que Teotihuacan también tuvo su aspecto militar.

Hasta donde podemos juzgarlo por dos casos bastante bien conocidos, como son el de Egipto y Tibet, la teocracia representa el repliegue, el abandono de toda idea de expansión y, en cierto modo, es la fosilización de situaciones anteriores. El Dalai Lama y el Faraón (en las épocas de repliegue egipcio) representan al dios o son el dios mismo encarnado. Son inmensamente venerados pero no tienen fuerza expansiva y su país ni conquista a otros territorios ni tiene un desarrollo comercial al exterior.

Estos ejemplos, y otros que pudieran aducirse, indican que no conocemos una situación en la que una teocracia inerte pueda dominar a otros pueblos. Y sin embargo es obvio que Teotihuacan de alguna manera impuso no sólo su estilo sino su cultura misma a casi toda Mesoamérica. No podemos pensar que el estado teotihuacano fuera un fósil o que esa cultura tan expansiva y poderosa se conformara con sobrevivir sin más ambiciones.

Por otro lado, si Teotihuacan se hubiera mantenido cuando menos 800 años como ciudad predominante sin ningún poderío militar, esta Pax Augusta sería un caso de tal manera único en la historia, que es difícil creer que haya sucedido.

No conocemos en toda la historia universal un solo imperio que se haya podido formar sin recurrir, aunque sea indirectamente, a las armas, y en realidad en casi todos los casos se basa principalmente en ellas, aun cuando es evidente que por encima existe una ideología que las dirige.

Un imperio es incompatible con la ausencia de fuerza militar, y todo el ambiente teotihuacano es eminentemente uno de orden y de riguroso alineamiento no sólo en lo físico sino aparentemente en lo social. El militarismo en general no es una causa sino un efecto necesario que en diferentes grados existe en todas partes. Lo que cambia es su importancia y sobre todo su prestigio.

Todo parece indicar que en Teotihuacan fue escaso el prestigio del militar y de sus actividades. Es muy posible que ideas religiosas hayan dado a la guerra su "causa justa" y que el prestigio de las victorias fuera propiedad del sacerdote, ya que las ganaba el dios. En contra de lo dicho está el hecho palpable de que los militares no se dejan opacar por mucho tiempo y que el sacerdote, que se convierte en jefe de guerra, olvida fácilmente su misión divina. Es el caso de Julio II, que quiere ser representado por Miguel Ángel con la espada en la mano en vez de las llaves de San Pedro.

En Tula (Quetzalcóatl guerrero de joven) y, más claramente aún, en Tenochtitlan, hay una continua confusión e identificación entre jefe, sacerdote y guerrero. Moctezuma es el jefe político, tuvo una juventud militar y sobre todo es la representación misma de Huitzilopochtli. Así, en la piedra de Tizoc el emperador que conquista pueblos está vestido como el dios. Claro que aquí aparece representado en una actitud claramente de conquistador y lleva las armas en las manos; pero el simbolismo puede ser el mismo que el del sacerdote teotihuacano.

Esta situación de aparente falta de prestigio de la clase militar no es exclusiva de Teotihuacan. Tenemos lo mismo en Monte Albán y en la fase Tzakol del área maya, donde tampoco aparecen en el arte. ¿Quiere decir que ninguno guerreaba o más bien que el guerrero está representado con las vestiduras del sacerdote?

Ignoramos cuál fuera el tipo de gobierno teotihuacano. Puede haber sido personal o de grupo. Si se trataba de un rey es posible que alianzas dinásticas hayan favorecido a la expansión; es también posible la unión contractual con otros estados, unión que se disolvió con el tiempo. No debemos olvidar que las alianzas son bastante características en Mesoamérica. Pero de cualquier manera es probable, por comparación con otros casos similares, que haya habido necesidad de una fuerza, aun cuando no se usara con frecuencia.

Hay también la posibilidad de que la expansión se basara en una religión preponderante o más prestigiosa que las demás, y que por ello no necesitara recurrir a la fuerza. El cristianismo



y el budismo, por ejemplo, se han extendido inmensamente sin que las armas hayan jugado un papel importante en esa difusión. Claro que estas religiones difundidas no constituyen un imperio; pero sus restos arqueológicos pueden confundir al investigador. Es imposible precisar hasta qué punto Teotihuacan exportó sus dioses, su sacerdocio o sus ceremonias, sin que esto significara dominación política. En todos lados encontramos dioses y objetos ceremoniales muy parecidos a los teotihuacanos. Pero más bien indican que la raíz de todas las religiones mesoamericanas es la misma, y no que Teotihuacan haya impuesto sus dioses sobre los dioses de las otras naciones. Es sin embargo curioso, por ejemplo, que con la influencia o la conquista teotihuacana al fin de Monte Albán II, aparezca en esa cultura una proliferación de dioses antes no conocidos y que en gran parte corresponden a los dioses teotihuacanos. Lo mismo parece suceder en Guerrero y posiblemente en Veracruz.

En resumen, aunque los datos arqueológicos no son claros, hay una serie de consideraciones demográficas, económicas, religiosas y aun militares que nos permiten suponer que Teotihuacan fue efectivamente un imperio.

Esto no quiere decir que haya necesariamente absorbido políticamente a toda Mesoamérica ni que su expansión haya sido del mismo tipo y de la misma duración en las diferentes áreas en donde hemos encontrado indicios de la cultura teotihuacana.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS